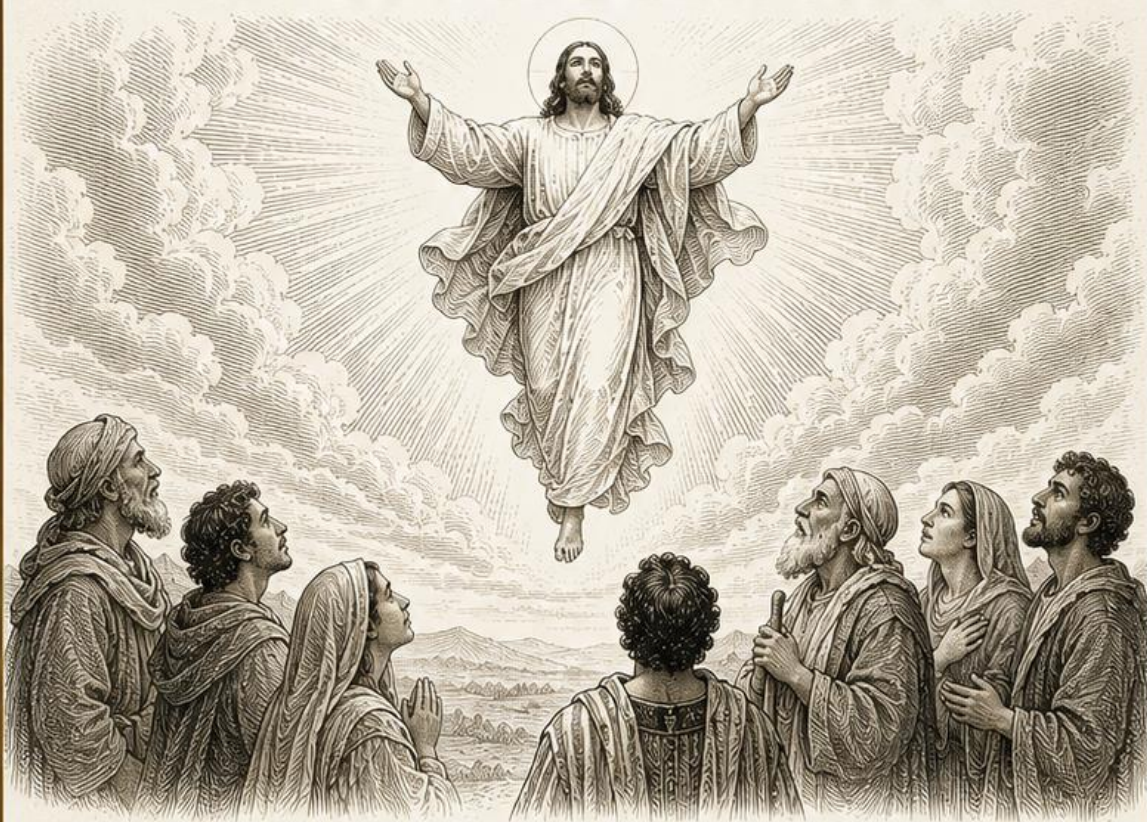


ELEVAD

VUESTROS CORAZONES:

la Estación de la Ascensión
y su significado teológico-pastoral
en el Libro de Oración Común



Hechos 1:1-11 | Lucas 24:49-53 | 1 Pedro 4:7-11 | Juan 15:26-16:4

*“Y aconteció que bendiciéndolos,
se separó de ellos,
y fue llevado arriba al cielo”
(Lucas 24:51).*

✠ Obispo José Antonio Rios Nieves ✠

ELEVAD VUESTROS CORAZONES: LA ESTACIÓN DE LA ASCENSIÓN Y SU SIGNIFICADO TEOLÓGICO- PASTORAL EN EL LIBRO DE ORACIÓN COMÚN

POR EL OBISPO JOSÉ ANTONIO RIOS



**IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA
CARTAGENA,
10 DE MAYO DE 2026**

CONTENIDO:

	Pág.
EXALTACIÓN Y PRESENCIA: LA ASCENSIÓN DE CRISTO EN LA ECONOMÍA DE LA SALVACIÓN Y SU ARTICULACIÓN EN LA TEOLOGÍA ANGLICANA	6
ELEVAD VUESTROS CORAZONES: PARTICIPACIÓN EN LA GLORIA DEL CRISTO ASCENDIDO. DEVOCIÓN PARA EL DÍA DE LA ASCENSIÓN.	22
ELEVADOS EN CRISTO: BENDICIÓN, PROMESA Y ADORACIÓN EN LA ASCENSIÓN. SERMÓN PARA EL DÍA DE LAS ASCENSIÓN.	26
NO OS DEJARÉ DESCONSOLADOS: ESPERANZA, PERSEVERANCIA Y TESTIMONIO MIENTRAS AGUARDAMOS AL CRISTO EXALTADO. DEVOCIÓN PARA LA DOMÍNICA DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN.	49
EL ESPÍRITU DE VERDAD DARÁ TESTIMONIO DE MÍ. SERMÓN PARA LA DOMÍNICA DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN.	55
VIVIR CON LOS PIES EN LA TIERRA Y EL CORAZÓN ELEVADO A CRISTO.	70

Estación de la Ascensión



Libro de Oración Común

EXALTACIÓN Y PRESENCIA: LA ASCENSIÓN DE CRISTO EN LA ECONOMÍA DE LA SALVACIÓN Y SU ARTICULACIÓN EN LA TEOLOGÍA ANGLICANA

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

SÍNTESIS BÍBLICO-TEOLÓGICA,
RECEPCIÓN ANGLICANA E
IMPLICACIONES SACRAMENTALES

I. ENSEÑANZA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

ENOC
GÉNESIS 5:24

ELÍAS
2 REYES 2:11

HIJO DEL HOMBRE
DANIEL 7:13-14

SIÉNTATE A MI DIESTRA
SALMO 110:1

SUMO SACERDOTE
LEVÍTICO 16

LA NUBE: SIGNO DE LA PRESENCIA DIVINA
ÉXODO 13:21; ÉXODO 19:9; 1 REYES 8:10-11

II. ENSEÑANZA DEL NUEVO TESTAMENTO

LA ASCENSIÓN
HECHOS 1:1-11; LUCAS 24:49-53

ENTRONIZADO A LA DIESTRA
EFESIOS 1:20-23; FILIPENSES 2:9-11

MINISTERIO DE INTERCESIÓN
HEBREOS 4:14-16; 7:25; 9:24

PROMESA DEL ESPÍRITU
JUAN 16:7; HECHOS 2:33

MISIÓN DE LA IGLESIA
MATEO 28:18-20; HECHOS 1:8

ESPERANZA ESCATOLÓGICA
HECHOS 1:11; 1 TES. 4:16-17; APOCALIPSIS 1:7

III. LA ASCENSIÓN EN LA TRADICIÓN ANGLICANA

 FIESTA PRINCIPAL Celebrada 40 días después de la Pascua, siempre en jueves.	 NOVENA ECLESIAL Espera orante entre la Ascensión y Pentecostés.	 LITURGIA ANGLICANA Colectas y lecturas del Libro de Oración Común afirman la realidad del Cristo exaltado.	 PROMESA DEL ESPÍRITU Cristo no ausente, sino presente por el Espíritu que actualiza su obra en la Iglesia.	 PROCESIONES Signo visible del itinerario hacia el Monte de los Olivos y de la esperanza futura.	 IGLESIA PEREGRINA Comunidad enviada, guiada hacia la plenitud del Reino.
---	---	--	--	---	--

IV. IMPLICACIONES SACRAMENTALES: LA DOCTRINA ANGLICANA A LA LUZ DE CRANMER

- Cristo está a la diestra del Padre: su presencia en la Eucaristía es espiritual y real por el Espíritu.
- El pan y el vino conservan su sustancia; son signos que nos comunican la realidad de su cuerpo y su sangre.
- Elevamos el corazón como águilas hacia el cielo, donde habita el Cordero glorificado.
- Por la fe participamos eficazmente de su pasión y recibimos vida eterna.
- El pan y el vino místicos son para nosotros: memorial, prenda, señal, sacramento y sello.

V. SIGNIFICADO TEOLÓGICO DE LA ASCENSIÓN

1. CONSUMACIÓN DE LA OBRA REDENTORA (Lucas 24:44-47; Isaías 53:10-12)
2. ENTRONIZACIÓN Y SEÑORÍO UNIVERSAL (Salmo 110:1; Daniel 7:13-14; Efesios 1:20-23)
3. MINISTERIO DE INTERCESIÓN (Hebreos 7:25; 9:24)
4. DONACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO (Joel 2:28-29; Hechos 2:33; Juan 16:7)
5. ANTROPOLOGÍA ESCATOLÓGICA (Génesis 1:26-28; Salmo 8:4-6; Efesios 2:6)
6. FUNDAMENTO DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA (Mateo 28:18-20; Hechos 1:8)
7. ESPERANZA ESCATOLÓGICA (Zacarías 14; Hechos 1:11; 1 Tesal. 4:16-17)

SÍNTESIS: LEX CREDENDI – LEX ORANDI – LEX VIVENDI

 LEX CREDENDI (La ley de la fe) Creemos que Cristo ascendió, está sentado a la diestra del Padre, intercede por nosotros y reina sobre todo. (Credos; 39 Artículos: IV, XXVIII)	 LEX ORANDI (La ley de la oración) Celebramos la Ascensión en la liturgia, orando para que nuestros corazones asciendan con Cristo y permanezcan en su presencia. (BCP: colectas, lecturas, novena, procesiones)	 LEX VIVENDI (La ley de la vida) Vivimos como testigos del Cristo exaltado: en comunión con Él por el Espíritu, en misión en el mundo y en esperanza de su venida gloriosa.
---	--	---

CRISTO ASCENDIÓ, REINA A LA DIESTRA DEL PADRE, INTERCEDE POR NOSOTROS Y ENVÍA SU ESPÍRITU. SU IGLESIA PEREGRINA EN ESPERANZA HACIA SU VENIDA.

La Ascensión del Señor se configura como un punto nodal de la reflexión teológica cristiana, en cuanto sintetiza, en una única economía de sentido, la culminación histórica de la encarnación y la apertura de la realidad escatológica inaugurada en Cristo. No se trata únicamente de la clausura del ministerio visible del Verbo encarnado, sino del tránsito cualitativo hacia una modalidad de presencia que, lejos de implicar ausencia, funda la universalidad de su acción salvífica. En este acontecimiento converge la cristología de la exaltación, la pneumatología de la misión y la eclesiología de la mediación, configurando un horizonte interpretativo indispensable para la comprensión integral del misterio cristiano.

Desde una perspectiva sistemática, la Ascensión no puede ser reducida a un desplazamiento local o a una imagen cosmológica precrítica, sino que debe ser entendida como la entronización del Hijo en la comunión trinitaria, donde la humanidad asumida es irrevocablemente introducida en la vida divina. Este movimiento ascensional, en su densidad ontológica, revela la consumación de la kénosis y su correlativa glorificación, estableciendo una dialéctica teológica en la que la humillación histórica de Cristo encuentra su cumplimiento en la exaltación soberana. De este modo, la Ascensión se erige como criterio hermenéutico para releer la totalidad del evento cristológico, encarnación, pasión, resurrección y envío del Espíritu aparecen así integrados en una única dinámica de descenso y elevación.

Asimismo, la Ascensión redefine la categoría de presencia en el ámbito teológico. La retirada de Cristo según la carne no implica una cesación de su cercanía, sino su intensificación bajo una modalidad sacramental y pneumática. Esta transformación del modo de presencia funda la posibilidad de una comunión no circunscrita a coordenadas espacio-temporales, sino extendida a la totalidad de la Iglesia en su peregrinación histórica. En consecuencia, la fe en la Ascensión comporta una reconfiguración de la experiencia eclesial, la Iglesia vive entre la memoria de la obra consumada y la expectativa de su consumación final, sostenida por la acción del Espíritu que actualiza la presencia del Señor exaltado.

En este marco, el presente estudio propone una aproximación articulada que, partiendo de los fundamentos tipológicos del Antiguo Testamento y su explicitación en el testimonio neotestamentario, examine la recepción litúrgica y doctrinal de la Ascensión en la tradición anglicana, para finalmente explorar sus implicaciones sacramentales a la luz de la teología clásica de la Iglesia. Tal itinerario no responde a una simple disposición temática, sino a la convicción de que la inteligencia de la Ascensión exige una integración orgánica entre Escritura, tradición y praxis eclesial. Solo desde esta convergencia es posible aprehender su significado pleno como misterio de exaltación, mediación y esperanza escatológica.

I. La enseñanza del Antiguo Testamento sobre la Ascensión

Si bien el Antiguo Testamento no formula una doctrina explícita de la Ascensión en términos cristológicos, sí configura un entramado conceptual y simbólico de notable

densidad teológica que hace inteligible, en clave de promesa y prefiguración, la exaltación del Mesías. Este horizonte veterotestamentario no debe ser interpretado como un conjunto de alusiones aisladas, sino como una arquitectura progresiva donde convergen categorías culturales, reales y apocalípticas, la exaltación del justo, la entronización del rey davídico, la mediación sacerdotal y la irrupción de figuras celestes que participan de la esfera divina.

En primer lugar, la tradición narrativa ofrece indicios significativos de una relación no mediada por la muerte entre el hombre y Dios. El traslado de Enoc (Génesis 5:24), descrito de manera sobria pero teológicamente elocuente, inaugura la posibilidad de una comunión directa con Dios que trasciende la condición mortal. Esta línea se intensifica en el relato de la elevación de Elías (2 Reyes 2:11), donde el profeta es llevado “en un torbellino al cielo”. Aquí no solo se afirma un tránsito al ámbito divino, sino que se introduce una dimensión dinámica de ascenso, acompañada por signos teofánicos —carros de fuego, separación de aguas— que subrayan la intervención soberana de Dios. Ambos episodios, aunque no constituyen precedentes estrictos de la Ascensión de Cristo, establecen un patrón teológico en el que la vida humana puede ser asumida en la esfera divina por iniciativa de Dios.

En segundo lugar, la literatura profética y apocalíptica desarrolla con mayor claridad la dimensión entronizadora del ascenso. La visión de Daniel 7:13–14 resulta paradigmática, el “Hijo del Hombre” es conducido ante el Anciano de días y recibe dominio eterno, gloria y reino universal. Este movimiento no es simplemente ascensional en sentido espacial, sino profundamente teológico, describe la investidura de una figura que participa de la autoridad divina sin disolver su identidad personal. La escena articula, de manera anticipatoria, la lógica de la exaltación que el Nuevo Testamento aplicará a Cristo, donde el ascenso implica reconocimiento, soberanía y universalidad del reinado.

En tercer lugar, la teología de los Salmos, particularmente en los llamados salmos reales y de entronización, aporta el lenguaje litúrgico y conceptual que permitirá comprender la Ascensión como coronación mesiánica. El Salmo 110 ocupa un lugar preeminente, la declaración “Siéntate a mi diestra” no describe un desplazamiento físico, sino una participación en la autoridad y el gobierno de Dios. La diestra divina, en el imaginario bíblico, simboliza poder eficaz y soberanía compartida. Asimismo, el Salmo 24, con su imagería de las “puertas eternas” que se elevan para recibir al Rey de la gloria, sugiere un ingreso triunfal en el ámbito celestial, configurando un trasfondo litúrgico que será decisivo para la interpretación cristiana de la Ascensión como entrada gloriosa del Mesías en la presencia divina.

No menos relevante es la dimensión cultural, particularmente la figura del sumo sacerdote que, en el Día de la Expiación, atraviesa el velo para acceder al Santo de los Santos (Levítico 16). Este movimiento ritual, aunque circunscrito al ámbito terrenal, posee un carácter simbólico de ascenso hacia la presencia de Dios. La mediación sacerdotal, en este sentido, anticipa una dinámica en la que el acceso a

lo divino implica representación vicaria y eficacia expiatoria, elementos que serán reinterpretados en clave cristológica en la comprensión de la Ascensión como ingreso definitivo de Cristo en el santuario celestial.

Finalmente, la teofanía de la nube, recurrente a lo largo de la historia de Israel —en el éxodo (Éxodo 13:21), en el Sinaí (Éxodo 19:9) y en la dedicación del templo (1 Reyes 8:10–11)— constituye un símbolo privilegiado de la presencia divina que vela y revela simultáneamente. La nube no solo indica cercanía de Dios, sino también su trascendencia inaccesible. Su función como mediación visible de lo invisible prepara su uso en la narrativa neotestamentaria de la Ascensión, donde actúa como signo de la entrada de Cristo en la esfera de la gloria divina.

En conjunto, estas tradiciones no ofrecen una doctrina sistemática de la Ascensión, pero sí configuran un campo semántico y teológico en el que la elevación, la entronización y la comunión con Dios adquieren coherencia. La Ascensión de Cristo, a la luz de este trasfondo, no aparece como un acontecimiento aislado, sino como la consumación de una lógica salvífica ya insinuada en la revelación veterotestamentaria, la elevación del hombre por la iniciativa soberana de Dios, culminando en la participación plena en su vida y su gloria.

II. La enseñanza del Nuevo Testamento sobre la Ascensión

El Nuevo Testamento articula la Ascensión del Señor como un acontecimiento de densidad histórico-teológica que no puede aislarse de la resurrección ni de la glorificación, sino que constituye su consumación intrínseca. Lejos de ser un episodio añadido a la narrativa pascual, la Ascensión expresa la plena investidura del Cristo resucitado en la esfera de la gloria divina, inaugurando una nueva economía de presencia y mediación. En este sentido, el testimonio neotestamentario no se limita a describir un suceso, sino que despliega una interpretación teológica que integra cristología, pneumatología y eclesiología en una única dinámica salvífica.

El corpus lucano ofrece la formulación más explícita en términos narrativos. En Hechos 1:1–11 y Lucas 24:49–53, la Ascensión es presentada como el acto final del Cristo resucitado en su relación visible con los discípulos. La elevación “a la vista de ellos” y la nube que lo sustrae de su percepción no deben entenderse en clave de desaparición, sino como tránsito a una modalidad de existencia glorificada. La nube, en continuidad con su simbolismo veterotestamentario, indica la entrada en la presencia divina, mientras que la reacción de los discípulos —lejos de la desolación— es de adoración y gozo, lo que confirma que la Ascensión no inaugura una ausencia, sino una forma distinta de comunión. Además, el mandato misionero y la promesa del Espíritu sitúan el acontecimiento en el umbral de la vida eclesial, configurando a la Iglesia como comunidad enviada en virtud de la exaltación de Cristo.

La teología paulina, aunque carente de una narración explícita, presupone la Ascensión en su lenguaje de exaltación y señorío. En Efesios 1:20–23, Cristo es

descrito como sentado a la diestra del Padre, “sobre todo principado y potestad”, lo que implica una soberanía universal que trasciende cualquier estructura de poder cósmico o histórico. Esta entronización no es simplemente honorífica, sino funcional, Cristo es constituido cabeza de la Iglesia, la cual participa de su plenitud. En Filipenses 2:9–11, la exaltación se presenta como respuesta divina a la kénosis del Hijo, estableciendo una continuidad intrínseca entre humillación y glorificación. La confesión universal de su señorío manifiesta el alcance cósmico de la Ascensión, que no solo afecta a la comunidad creyente, sino a la totalidad de la creación.

La Epístola a los Hebreos desarrolla con singular profundidad la dimensión sacerdotal de la Ascensión. Cristo es presentado como el sumo sacerdote que “ha atravesado los cielos” (Hebreos 4:14), no para repetir un sacrificio, sino para hacer presente de manera definitiva la eficacia de su ofrenda. Su ingreso en el “santuario no hecho por manos” (cf. Hebreos 9:24) constituye la consumación de su obra redentora y el fundamento de su intercesión perpetua (7:25). La Ascensión, en esta perspectiva, no es solo exaltación, sino acceso y permanencia, Cristo habita en la presencia de Dios como mediador permanente, garantizando el acceso de los creyentes al Padre. Esta dimensión cultural confiere a la Ascensión un carácter litúrgico, en cuanto introduce a la humanidad redimida en el ámbito de la adoración celestial.

El Cuarto Evangelio ofrece una interpretación teológica que, aunque no narra la Ascensión en términos descriptivos, la integra en su comprensión global del “retorno” del Hijo al Padre. La afirmación de Juan 20:17 —“subo a mi Padre y a vuestro Padre”— revela que la glorificación implica una relación filial compartida, en la que los discípulos son incorporados. Asimismo, en Juan 16:7, la partida de Cristo es presentada como condición necesaria para la venida del Paráclito, lo que subraya una lógica de sustitución no en términos de ausencia, sino de intensificación de la presencia. El Espíritu no reemplaza a Cristo, sino que actualiza su presencia de manera interior y universal, haciendo posible una comunión que trasciende las limitaciones de la corporeidad histórica.

Otros testimonios neotestamentarios refuerzan esta comprensión integral. En 1 Pedro 3:22, Cristo, “habiendo subido al cielo”, está “a la diestra de Dios”, con ángeles, autoridades y potestades sometidos a él, lo que reafirma su señorío cósmico. En Apocalipsis, la visión del Cordero exaltado (Ap 5) presenta la glorificación como entronización litúrgica en el cielo, donde la redención es celebrada como acto consumado y eficaz. Estas perspectivas convergen en una misma afirmación, la Ascensión no es un alejamiento, sino la instauración de un régimen de presencia glorificada que fundamenta la vida, la misión y la esperanza de la Iglesia.

En síntesis, el Nuevo Testamento concibe la Ascensión como el momento en que la humanidad de Cristo es plenamente introducida en la gloria divina, desde donde ejerce su señorío, intercede por los creyentes y comunica el Espíritu. Este acontecimiento no clausura la historia de Jesús, sino que la universaliza, haciendo

de su presencia una realidad accesible en todo tiempo y lugar. La Ascensión, así entendida, se convierte en clave hermenéutica para comprender la continuidad entre el Cristo histórico y el Cristo eclesial, entre la obra consumada y su actualización permanente en la economía del Espíritu.

III. La Ascensión en la tradición anglicana

En la tradición anglicana, la Ascensión del Señor se inscribe entre las **Fiestas Principales**, lo que implica no solo su observancia obligatoria, sino su centralidad estructural dentro del año litúrgico. Celebrada cuarenta días después de la Pascua —conforme al testimonio lucano— y siempre en jueves, esta solemnidad no responde a una simple cronología devocional, sino a una teología del tiempo redimido, el ciclo pascual alcanza aquí su culminación, al tiempo que se abre hacia la economía del Espíritu. La temporalidad litúrgica, en este contexto, no rememora simplemente un pasado, sino que actualiza sacramentalmente el misterio celebrado, situando a la Iglesia en la dinámica viva de la exaltación de Cristo.

La significación teológica de la Ascensión, tal como es recibida en el anglicanismo, excede con mucho su dimensión conmemorativa. Se trata de una proclamación doctrinal en acto, la humanidad asumida por el Verbo no es abandonada tras la resurrección, sino elevada y glorificada en la presencia del Padre. Este dato posee una relevancia ontológica decisiva, pues afirma que la naturaleza humana, en Cristo, ha sido irrevocablemente introducida en la comunión trinitaria. La exaltación no implica distanciamiento, sino una nueva forma de cercanía, Cristo reina como Señor, ejerciendo su mediación desde la gloria, en una modalidad de presencia que, aunque no sensible, es real y eficaz por la operación del Espíritu Santo.

El período comprendido entre la Ascensión y Pentecostés adquiere en la praxis anglicana una densidad espiritual particular, siendo interpretado como una **novena eclesial** que remite a la espera orante de los apóstoles. Este intervalo no es un vacío litúrgico, sino un tiempo teológicamente cualificado, la Iglesia se reconoce situada entre la exaltación consumada y la promesa en vías de cumplimiento. La espera no es pasiva, sino constitutiva de la identidad eclesial, configurando a la comunidad como sujeto orante, vigilante y dispuesto a la recepción del don del Espíritu.

Desde el punto de vista litúrgico, la tradición anglicana ha desarrollado un énfasis característico en la noción de “ausencia real” de Cristo según la carne. Esta categoría no denota una pérdida, sino una transformación del modo de presencia que inaugura la misión de la Iglesia. La retirada visible de Cristo no clausura su acción, sino que la universaliza, delegando en la comunidad creyente —fortalecida por el Espíritu— la continuidad de su obra redentora en la historia. En este sentido, la Ascensión constituye un punto de inflexión eclesiológico, la Iglesia emerge como cuerpo enviado, cuya vida y misión se fundamentan en la exaltación de su Cabeza.

Las oraciones litúrgicas, particularmente las colectas del *Libro de Oración Común*, condensan con notable precisión esta teología. En la colecta del Día de la Ascensión, la súplica de que los fieles “asciendan con el corazón y la mente” expresa una espiritualidad orientada hacia la realidad celestial, sin desatender la responsabilidad terrenal. La liturgia no solo recuerda la elevación de Cristo, sino que invita a una participación interior en su movimiento ascensional, configurando la existencia cristiana como peregrinación hacia la comunión plena con Dios. Las lecturas asignadas —Hechos 1:1–11 y Lucas 24:49–53— sitúan el acontecimiento en continuidad con la historia de la salvación, subrayando su carácter fundacional para la vida de la Iglesia.

La colecta del domingo posterior a la Ascensión introduce un matiz complementario, la conciencia de una posible orfandad es inmediatamente contrarrestada por la invocación del Espíritu Santo como Consolador y Guía. La petición de no ser dejados “desconsolados” revela una comprensión relacional de la vida cristiana, en la que la ausencia visible de Cristo es suplida —no reemplazada— por la presencia activa del Paráclito. Las lecturas correspondientes (1 Pedro 4:7–11; Juan 15:26–16:4) refuerzan esta orientación, articulando una eclesiología misionera sostenida por la acción del Espíritu y orientada hacia el testimonio en medio del mundo.

Finalmente, las prácticas procesionales, tanto en su forma histórica como en sus expresiones contemporáneas, aportan una dimensión simbólica de gran riqueza. Al evocar el itinerario hacia el Monte de los Olivos, estas acciones litúrgicas hacen visible el carácter peregrino de la Iglesia y su orientación escatológica. No se trata de una simple dramatización, sino de una catequesis encarnada que vincula el espacio, el cuerpo y la memoria en la celebración del misterio. La procesión se convierte así en signo de una Iglesia en camino, que, habiendo sido incorporada al Cristo exaltado, avanza hacia la consumación de la comunión divina.

En suma, la recepción anglicana de la Ascensión articula de manera orgánica la dimensión doctrinal, litúrgica y espiritual del misterio, integrándolo en la vida de la Iglesia como principio de identidad, misión y esperanza.

IV. Implicaciones sacramentales: la doctrina anglicana a la luz de Cranmer

La teología sacramental anglicana, en su formulación clásica, se encuentra estructuralmente determinada por la doctrina de la Ascensión, en cuanto esta define el modo de presencia del Cristo glorificado y, por ende, las condiciones de posibilidad de su comunicación sacramental. En la reflexión de Thomas Cranmer, la localización celestial del cuerpo de Cristo no constituye un dato accesorio, sino un principio regulador que impide concebir la Eucaristía en términos de presencia física circunscrita. La Ascensión, al situar la humanidad glorificada de Cristo a la diestra del Padre, excluye toda comprensión que implique una multiplicación local o una inmanencia carnal en los elementos, orientando la inteligencia del sacramento hacia una ontología relacional y pneumática.

El Arzobispo Thomas Cranmer referente a la Ascensión de nuestro Señor dijo:

“Los antiguos doctores —los Padres de la Iglesia— califican este modo de hablar acerca de Cristo como tropológico, figurado, anagógico y alegórico; y lo interpretan de la siguiente manera: aunque la sustancia del pan y del vino permanece y es recibida por los fieles, Cristo, sin embargo, cambió su denominación, llamando al pan por el nombre de su carne y al vino por el nombre de su sangre; no porque esto ocurra literalmente, sino porque está significado en un misterio. Por ello, debemos considerar no lo que son en su propia naturaleza, sino lo que nos comunican y significan; y entender los sacramentos no de manera carnal, sino espiritual. No hemos de fijarnos únicamente en su aspecto visible ni limitar nuestra atención al pan y al cáliz externos, como si en ellos no hubiera más que pan y vino; antes bien, elevando nuestra mente, debemos dirigir nuestra fe hacia la sangre de Cristo, tocarlo con el entendimiento y recibirlo con nuestro ser interior. Así, siendo como águilas en esta vida, hemos de elevar nuestros corazones al cielo, donde el Cordero habita a la diestra de su Padre, aquel que quita el pecado del mundo; por cuyas llagas somos sanados, por cuya pasión somos alimentados en su mesa, y cuya sangre, recibida de su santo costado, nos da vida eterna. De este modo, hechos huéspedes de Cristo, lo tenemos morando en nosotros por la gracia de su verdadera naturaleza y por la fuerza y eficacia de toda su pasión; con la misma certeza de que somos alimentados espiritualmente para la vida eterna por su carne crucificada y su sangre derramada —verdadero alimento de nuestras almas— como lo estamos de que nuestros cuerpos se nutren con comida y bebida en esta vida. Por tanto, este pan místico en la mesa de Cristo, y el vino igualmente místico, administrados y recibidos conforme a la institución de Cristo, son para nosotros memorial, prenda, señal, sacramento y sello”.

El célebre pasaje de Cranmer, al apelar a los “antiguos doctores”, articula una hermenéutica sacramental de carácter anagógico, los signos visibles —pan y vino— conservan su sustancia, pero reciben una denominación que remite a la realidad significada. Esta distinción no introduce una separación entre signo y realidad, sino que establece una mediación simbólica eficaz, en la que lo visible participa de lo invisible sin confundirse con él. La insistencia en que los sacramentos deben ser entendidos “no carnalmente, sino espiritualmente” no implica una reducción subjetiva, sino una elevación de la inteligencia y de la fe hacia la realidad celestial donde Cristo reside. El movimiento no es descendente —Cristo contenido en los elementos—, sino ascensional, el creyente, por la fe, es incorporado a la comunión del Cristo exaltado.

Esta concepción encuentra su fundamento dogmático en la definición cristológica del Concilio de Calcedonia, que afirma la unidad de la persona de Cristo “en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación”. La integridad de la naturaleza humana, asumida y glorificada, implica su localización real y no difusa, el cuerpo de Cristo, aunque glorificado, no pierde su condición de verdadero

cuerpo. En consecuencia, la Ascensión garantiza que la humanidad de Cristo permanece situada en la esfera celestial, evitando cualquier forma de ubicuidad corporal que comprometa la distinción de naturalezas. La teología eucarística de Cranmer se inscribe, por tanto, en una fidelidad calcedonense, al rechazar una presencia corporal localizada en los elementos, preserva la coherencia de la cristología clásica y su comprensión de la encarnación consumada en la glorificación.

En continuidad con este marco, los Treinta y Nueve Artículos de Religión codifican normativamente esta perspectiva. El Artículo XXVIII afirma que el Cuerpo de Cristo es "dado, tomado y comido en la Cena, solo de una manera celestial y espiritual", subrayando que el medio de recepción es la fe. Asimismo, rechaza explícitamente la transubstanciación, no por negar la realidad de la presencia, sino por considerarla incompatible con la naturaleza del sacramento y con el testimonio de la Escritura. El Artículo XXIX, por su parte, delimita el alcance de esta participación, afirmando que quienes carecen de fe no reciben a Cristo, aunque participen externamente del signo, lo que refuerza el carácter relacional y no automático de la comunión sacramental.

Desde esta perspectiva, la Eucaristía se comprende como participación real en la eficacia de la pasión y glorificación de Cristo, mediada por el Espíritu Santo. La Ascensión no introduce una distancia insalvable, sino que funda una nueva modalidad de presencia en la que el Cristo exaltado se comunica verdaderamente a los fieles sin abandonar su localización celestial. El sacramento opera así como medio de elevación, el creyente es incorporado, por la fe y por la acción del Espíritu, a la comunión del Hijo con el Padre. La imagen cranmeriana de "elevarse como águilas" expresa con notable precisión esta dinámica, la participación eucarística no consiste en una aprehensión sensible, sino en una ascensión espiritual hacia la realidad divina.

En consecuencia, la categoría de "memorial, prenda, señal, sacramento y sello" adquiere una densidad teológica que supera toda interpretación reductiva. El memorial no es sólo una rememoración psicológica, sino actualización eficaz de la obra redentora; la prenda anticipa la consumación escatológica; la señal indica y comunica la gracia; el sacramento opera como instrumento instituido por Cristo; y el sello confirma la promesa divina en la vida del creyente. Todo ello se articula en una economía sacramental que, lejos de disolver la realidad en el símbolo, integra signo y gracia en una relación dinámica fundada en la Ascensión.

Así, la teología sacramental anglicana, en su formulación clásica, se presenta como una síntesis rigurosa entre fidelidad patristica, coherencia cristológica y sensibilidad reformadora. La Ascensión, en este contexto, no es un dato periférico, sino el principio que garantiza tanto la trascendencia del Cristo glorificado como la autenticidad de su comunicación sacramental, un Cristo verdaderamente presente, no por localización carnal, sino por la potencia vivificante del Espíritu que eleva al creyente a la comunión con el Señor exaltado.

La Ascensión, por tanto, preserva la integridad de la humanidad glorificada de Cristo —ubicada a la diestra del Padre— y, simultáneamente, fundamenta la posibilidad de una comunión verdadera mediante el Espíritu. El sacramento se convierte en “memorial, prenda, señal, sacramento y sello”, no como simple evocación, sino como medio eficaz de gracia que vincula al creyente con el Cristo exaltado.

V. Significado teológico de la Ascensión

La Ascensión del Señor concentra una densidad teológica singular al articular de manera orgánica las dimensiones cristológica, soteriológica, eclesiológica y escatológica del misterio cristiano. No constituye un apéndice narrativo, sino un acontecimiento estructurante que reconfigura la comprensión de la obra de Cristo y su presencia en la historia de la salvación. En ella convergen las promesas veterotestamentarias y su cumplimiento neotestamentario, revelando una continuidad interna en la economía divina.

En primer lugar, la Ascensión señala la consumación del ministerio terrenal del Verbo encarnado. El retorno del Hijo al Padre en la gloria ratifica la suficiencia de su obra redentora, en coherencia con la lógica bíblica de cumplimiento (cf. Lucas 24:44–47). La obediencia filial, llevada hasta la muerte (Isaías 53:10–12) y vindicada en la resurrección, alcanza su plenitud en la exaltación. Así, la economía de la encarnación se revela como eficaz y completa, en continuidad con la figura del Siervo sufriente que, tras su humillación, es exaltado por Dios.

En segundo lugar, la Ascensión comporta la entronización del Cristo glorificado. La afirmación de que Cristo se sienta “a la diestra del Padre” encuentra su trasfondo en la teología real del Antiguo Testamento, especialmente en el Salmo 110:1, donde el rey es invitado a participar en el gobierno divino. Este motivo es retomado explícitamente en el Nuevo Testamento (cf. Hechos 2:33–36; Efesios 1:20–23), donde la exaltación de Cristo implica su señorío universal sobre toda potestad. Asimismo, la visión de Daniel 7:13–14, en la que el “Hijo del Hombre” recibe dominio eterno, se cumple en la Ascensión como acto de investidura mesiánica definitiva. La exaltación no es solamente simbólica, sino expresión de una soberanía efectiva que abarca toda la creación.

En tercer lugar, se inaugura el ministerio de intercesión de Cristo. La Ascensión introduce al Resucitado en la esfera de la mediación permanente, en continuidad con la figura del sumo sacerdote que accede a la presencia de Dios (cf. Levítico 16). El Nuevo Testamento explicita esta dimensión en términos inequívocos: Cristo “vive siempre para interceder” (Hebreos 7:25), habiendo entrado en el santuario celestial “no hecho por manos” (Hebreos 9:24). Esta intercesión no es episódica, sino constitutiva de su estado glorificado, garantizando la eficacia continua de su sacrificio redentor.

En cuarto lugar, la Ascensión se vincula intrínsecamente con la donación del Espíritu Santo. La promesa veterotestamentaria de la efusión del Espíritu (Joel 2:28–29) encuentra su cumplimiento en la economía inaugurada por la exaltación de Cristo. Según el testimonio neotestamentario, es precisamente el Cristo exaltado quien derrama el Espíritu sobre la Iglesia (Hechos 2:33). La afirmación de Juan 16:7 —“os conviene que yo me vaya”— revela que la partida de Cristo no implica ausencia, sino la instauración de una presencia más profunda y universal. El Espíritu actualiza la obra de Cristo, interiorizándola en los creyentes y constituyendo a la Iglesia como su Cuerpo viviente.

En quinto lugar, la Ascensión proyecta una antropología escatológica de notable profundidad. En Cristo ascendido, la humanidad es elevada a la comunión con Dios, cumpliendo así el designio anticipado en la creación misma (cf. Génesis 1:26–28) y en la esperanza de glorificación expresada en los Salmos (cf. Salmo 8:4–6). El Nuevo Testamento afirma esta realidad en términos de participación, los creyentes han sido “resucitados y sentados con Cristo en los lugares celestiales” (Efesios 2:6). La Ascensión no solo revela el destino del Hijo, sino que anticipa el de la humanidad redimida, estableciendo una continuidad entre la glorificación de Cristo y la esperanza de los fieles.

En sexto lugar, la Ascensión fundamenta la misión de la Iglesia. El mandato misionero (Mateo 28:18–20; Hechos 1:8) se sitúa en el contexto inmediato de la exaltación, indicando que la autoridad del Resucitado es la base del envío eclesial. La retirada visible de Cristo inaugura el tiempo de la Iglesia, que actúa como su testigo en el mundo, prolongando su obra bajo la guía del Espíritu. Esta misión no es autónoma, sino participación en la misión del Hijo, en continuidad con la dinámica trinitaria revelada en la historia de la salvación.

Finalmente, la Ascensión orienta la esperanza escatológica. El mismo Cristo que ha sido exaltado es aquel que ha de venir (Hechos 1:11), estableciendo una tensión constitutiva entre cumplimiento y expectativa. Esta esperanza se inscribe en la tradición profética del Antiguo Testamento, que anticipa el día del Señor como consumación de la historia (cf. Zacarías 14), y se desarrolla en el Nuevo Testamento como esperanza de la parusía (cf. 1 Tesalonicenses 4:16–17). La Ascensión, por tanto, no solo remite a un pasado consumado, sino que abre el horizonte de la historia hacia su plenitud definitiva.

En síntesis, la Ascensión del Señor no solo corona la obra redentora, sino que inaugura el ámbito en el que dicha obra se hace operante, comunicable y orientada hacia su consumación. En ella convergen promesa y cumplimiento, historia y escatología, presencia y expectativa, constituyéndose así en clave hermenéutica indispensable para la comprensión integral de la teología cristiana.

Síntesis de la Ascensión en la teología anglicana

Dimensión	Contenido doctrinal	Expresión concreta	Implicación teológica
Lex Credendi (La ley de la fe)	La Ascensión afirma la exaltación de Cristo a la diestra del Padre, la permanencia de su humanidad glorificada y su señorío universal. Fundamenta su intercesión continua y la mediación celestial.	Credos (Apostólico y Niceno: "subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre"); Treinta y Nueve Artículos de Religión (especialmente Art. IV y XXVIII).	Garantiza la integridad de la cristología (en continuidad con Concilio de Calcedonia), define la naturaleza de la presencia de Cristo y orienta la comprensión sacramental en clave espiritual y no carnal.
Lex Orandi (La ley de la oración)	La Ascensión es celebrada como misterio salvífico presente: Cristo reina, intercede y conduce a su Iglesia. La liturgia expresa la elevación del corazón hacia la realidad celestial.	Libro de Oración Común: colectas de la Ascensión y del domingo posterior; lecturas (Hechos 1:1–11; Lucas 24:49–53; 1 Pedro 4:7–11; Juan 15:26–16:4); celebración como Fiesta Principal; novena entre Ascensión y Pentecostés; procesiones.	La oración litúrgica actualiza el misterio: no solo recuerda la Ascensión, sino que incorpora al creyente en su dinamismo, orientando la mente y el corazón hacia Cristo glorificado.
Lex Vivendi (La ley de la vida)	La Ascensión configura la existencia cristiana como vida "elevada": comunión con Cristo en el cielo, misión en la tierra y esperanza escatológica.	Vida espiritual centrada en la fe en la presencia de Cristo; participación eucarística entendida como elevación espiritual; práctica de la oración expectante; misión eclesial guiada por el Espíritu; conciencia peregrina.	La Ascensión no significa ausencia, sino una nueva forma de presencia y gobierno. Según la Carta a los Hebreos 7:25, Jesús "vive siempre para interceder" por su pueblo. Y en la Carta a los Efesios 1:20–23, Cristo es presentado

Dimensión	Contenido doctrinal	Expresión concreta	Implicación teológica
			sentado a la diestra de Dios, sobre todo poder y autoridad. Eso transforma la vida cristiana de varias maneras: La fe no se basa solo en un recuerdo histórico de Jesús, sino en un Cristo vivo y reinante. La oración adquiere confianza, porque el creyente tiene un mediador permanente. La misión de la Iglesia continúa bajo la autoridad del Cristo exaltado. La esperanza cristiana se orienta hacia la participación futura en la gloria de Cristo. En síntesis: La Ascensión declara que la humanidad de Cristo ha entrado en la gloria de Dios, y por eso la vida cristiana se vive con esperanza, obediencia y misión bajo el señorío presente de Jesús.

Conclusión:

La Ascensión del Señor, lejos de constituir un elemento marginal dentro del relato evangélico, se revela, a la luz del testimonio bíblico y de su recepción eclesial, como un principio estructurante que articula de manera coherente la totalidad del misterio cristiano. En ella confluyen las líneas maestras de la revelación: las prefiguraciones veterotestamentarias encuentran su cumplimiento, la obra redentora de Cristo alcanza su consumación histórica y se inaugura el horizonte escatológico en el que dicha obra se actualiza y despliega.

Desde el punto de vista cristológico, la Ascensión manifiesta la unidad indisoluble entre la humillación y la exaltación del Verbo encarnado, confirmando que la encarnación no es un episodio transitorio, sino una realidad asumida y glorificada en la eternidad de Dios. La humanidad de Cristo, elevada a la diestra del Padre, se convierte en el lugar permanente de la mediación, garantizando tanto la trascendencia de su señorío como la continuidad de su acción salvífica. En este sentido, la Ascensión no introduce distancia, sino una modalidad superior de presencia que, lejos de limitarse a la visibilidad histórica, se universaliza en la economía del Espíritu.

En su dimensión eclesiológica, este acontecimiento funda la identidad y misión de la Iglesia como comunidad situada entre la exaltación consumada y la esperanza de la parusía. La Iglesia no prolonga simplemente un recuerdo, sino que participa activamente en la vida del Cristo glorificado, siendo constituida como su Cuerpo en la historia. La ausencia visible del Señor no implica abandono, sino envío, la misión eclesial se comprende como participación en la autoridad y en la obra del Resucitado, bajo la guía y el poder del Espíritu Santo.

En el ámbito sacramental, la Ascensión se erige como criterio hermenéutico decisivo. Al situar la humanidad glorificada de Cristo en la esfera celestial, preserva la integridad de su naturaleza y orienta la comprensión de su presencia en los sacramentos hacia una modalidad espiritual y eficaz. La teología anglicana, particularmente en su formulación clásica, ha sabido integrar este dato con fidelidad patristica y rigor doctrinal, articulando una comprensión en la que el signo sacramental no se disocia de la realidad significada, sino que introduce al creyente en una comunión verdadera con el Cristo exaltado.

Asimismo, la dimensión escatológica de la Ascensión confiere a la existencia cristiana su orientación fundamental. El mismo Señor que ha sido elevado es aquel que ha de venir, de modo que la Iglesia vive en una tensión fecunda entre cumplimiento y promesa. Esta condición peregrina no es incertidumbre, sino esperanza fundada: la humanidad ya ha sido introducida en la gloria en la persona de Cristo, y la

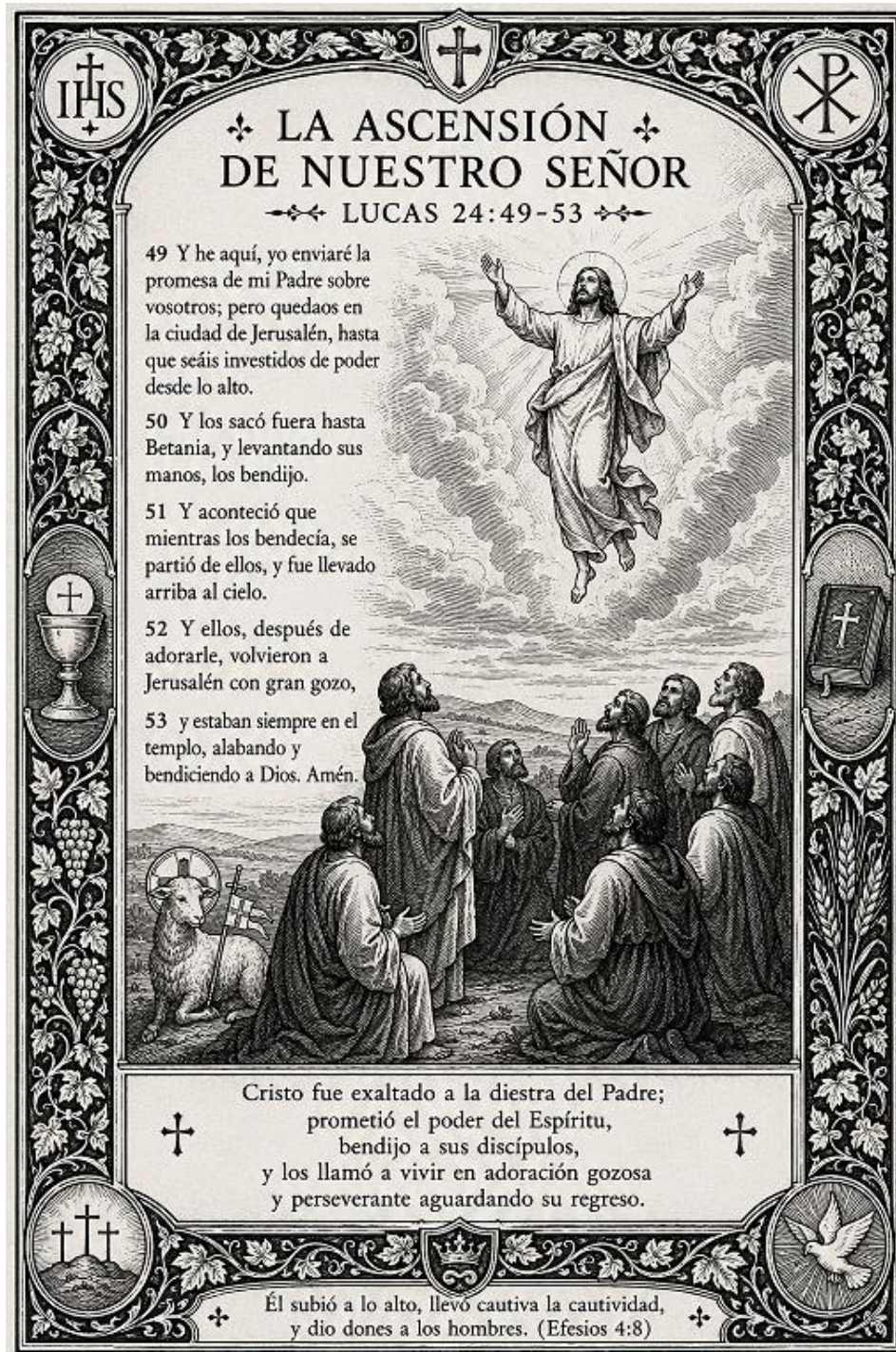
consumación final aparece como la manifestación plena de una realidad ya inaugurada.

La tradición anglicana, al integrar la Ascensión en su praxis litúrgica, en su formulación doctrinal y en su espiritualidad, no solo conserva su memoria, sino que actualiza su significado como misterio dinámico. En la celebración, en la oración y en la vida sacramental, la Iglesia es continuamente orientada hacia la realidad celestial, sin desvincularse de su responsabilidad histórica. Así, el Cristo exaltado no permanece distante, sino operante, gobierna, intercede, santifica y conduce a su pueblo hacia la plenitud de la comunión trinitaria.

En definitiva, la Ascensión del Señor se configura como clave hermenéutica indispensable para la teología cristiana, en cuanto revela la unidad interna del designio salvífico, la continuidad entre la obra consumada y su actualización en la Iglesia, y la orientación última de la historia hacia su cumplimiento en Dios. En ella, el tiempo es asumido en la eternidad, la humanidad es elevada a la gloria y la Iglesia es constituida como signo vivo de la comunión definitiva que ha sido prometida y ya ha comenzado a realizarse.

Estación de la Ascensión

Día de la Ascensión



Lucas 24:49-53

ELEVAD VUESTROS CORAZONES: PARTICIPACIÓN EN LA GLORIA DEL CRISTO ASCENDIDO

DEVOCIÓN PARA EL DÍA DE LA ASCENSIÓN

Oración inicial:

Dios omnipotente y eterno, que en la exaltación de tu Hijo has abierto para nosotros el camino hacia tu presencia, concede a tu Iglesia, peregrina en este mundo, contemplar con fe el misterio de su Ascensión, para que, fortalecidos por tu Espíritu, vivamos en esperanza, sirvamos con fidelidad y anhelemos la gloria que nos has prometido; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Colecta del Día:

OTORGANOS, suplicámoste, oh Dios Omnipotente, que así como creemos que tu unigénito Hijo Jesucristo nuestro Señor subió a los cielos; así también ascendamos allá con nuestro corazón y nuestra mente, y habitemos siempre con Él, quien contigo, y el Espíritu Santo es un solo Dios, y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Meditación:

La Colecta de la Ascensión condensa, en una formulación de gran profundidad teológica, la dinámica participativa que define este misterio, **aquello que ha sido consumado en la humanidad glorificada de Cristo se propone como vocación real para la Iglesia**. La súplica de “ascender con el corazón y la mente” no debe interpretarse en clave de evasión espiritual ni de desarraigo histórico, sino como inserción anticipada —por la fe y en el Espíritu— en la vida misma de Dios. Esta elevación interior remite a una antropología teológica ya insinuada en el Antiguo Testamento, donde la iniciativa divina introduce al hombre en su esfera de gloria, **el traslado de Elías (2 Re 2:11), la comunión singular de Enoc (Gn 5:24) y, de manera paradigmática, la entronización del rey en el Salmo 110 configuran un horizonte en el que la exaltación no es conquista humana, sino don soberano**. En la tradición anglicana, esta verdad se hace operativa en la *lex orandi*, donde la oración no se limita a evocar el acontecimiento, sino que incorpora al orante en su dinamismo. En este sentido, la intuición de Agustín de Hipona resulta iluminadora: **la Ascensión de Cristo implica ya, en forma incoada, la elevación de su Cuerpo que es la Iglesia, de modo que la esperanza no es simplemente futura, sino participada sacramentalmente en el presente (Enarrationes in Psalmos, 110)**.

La perícopa de Hechos 1:1–11 sitúa la Ascensión en el umbral entre la economía visible del Resucitado y la irrupción de la misión eclesial, articulando así una transición que es a la vez continuidad. La nube que sustrae a Cristo de la mirada de los discípulos —en continuidad con las teofanías del éxodo (Éx 13:21) y la dedicación del templo (1 Re 8:10–11)— no indica retirada, sino ingreso en la esfera de la gloria divina. Este símbolo, lejos de clausurar la relación, la reconfigura en términos de mediación y universalidad. La exhortación angélica que sigue (“¿por qué estáis mirando al cielo?”) no reprende la contemplación en sí, sino su absolutización estéril, **la verdadera contemplación se verifica en la obediencia misionera**. De este modo, la Iglesia es constituida como sujeto testimonial, en continuidad con la figura del Siervo del Señor (Is 52–53), cuya obra redentora se prolonga históricamente en aquellos que participan de su envío. La enseñanza doctrinal del anglicanismo, codificada en los Treinta y Nueve Artículos (especialmente el Art. IV), salvaguarda la objetividad de este acontecimiento al afirmar la realidad corporal de la Ascensión, fundamento del señorío presente de Cristo y de la eficacia de su mediación. En esta línea, Juan Crisóstomo interpreta la Ascensión no como disminución de la presencia, sino como ampliación de su alcance, **Cristo, elevado a la diestra del Padre, ejerce desde allí un gobierno providente y una asistencia constante sobre su Iglesia** (*Homilías sobre los Hechos, I*).

Por su parte, el testimonio lucano en Lucas 24:49–53 introduce una clave litúrgica de singular importancia. La reacción de los discípulos —caracterizada por el gozo y la perseverancia en la alabanza— manifiesta que la Ascensión no inaugura una experiencia de pérdida, sino una modalidad más profunda de comunión. Este gozo encuentra su trasfondo en la tradición cultural de Israel, donde la entronización divina es celebrada con júbilo (Sal 47; 68:18), y se proyecta ahora en la vida de la Iglesia como participación en la liturgia celestial. La bendición final de Cristo, pronunciada en el acto mismo de su elevación, revela la dimensión sacerdotal de su exaltación, como el sumo sacerdote que, tras el sacrificio, bendice al pueblo (cf. Lv 9:22), Cristo asciende inaugurando un ministerio permanente de intercesión y gracia. La recepción anglicana de este dato, particularmente en el *Libro de Oración Común*, integra la Ascensión en una economía litúrgica que une memoria, presencia y expectativa, **configurando a la Iglesia como comunidad que ora entre la exaltación consumada y la efusión del Espíritu**. La afirmación de León Magno resulta aquí decisiva, lo que en Cristo fue visible en su economía histórica se hace ahora accesible en la mediación sacramental (*Sermón 74 sobre la Ascensión*), lo que implica una transformación —no una supresión— de su modo de presencia.

En consecuencia, la Colecta, la Epístola y el Evangelio convergen en una síntesis teológica de gran coherencia, **la Ascensión no establece una distancia entre Cristo y su Iglesia, sino que inaugura una forma superior de comunión que implica elevación interior, envío misionero y orientación escatológica**. La Iglesia, incorporada al Cristo exaltado, vive ya —aunque de manera anticipada— en la realidad hacia la cual se dirige, sostenida por la promesa del Espíritu y llamada a

manifestar, en la historia, la vida misma de aquel que ha sido entronizado en la gloria.

Lectura orante de la Palabra:

Contemplando Hechos 1:1–11, reconocemos que la Ascensión es tanto revelación como envío. Cristo instruye, promete y bendice antes de ser elevado. La nube que lo recibe recuerda la gloria del Sinaí y del templo, indicando que el mismo Dios que guió a Israel ahora se revela plenamente en Cristo. Los discípulos, llamados a no permanecer mirando al cielo, aprenden que la verdadera contemplación conduce a la obediencia. Esta enseñanza resuena con la vocación de Abraham (Génesis 12), llamado a caminar en fe hacia lo desconocido, confiando en la promesa divina.

En Lucas 24:49–53, la bendición de Cristo en el momento de su Ascensión revela el carácter sacerdotal de su exaltación. Como el sumo sacerdote que, tras ofrecer el sacrificio, bendice al pueblo (Levítico 9:22), Cristo asciende bendiciendo, inaugurando su ministerio celestial. Los discípulos responden con adoración continua, anticipando la vida litúrgica de la Iglesia. La tradición anglicana, en fidelidad a la Escritura y a los Padres, entiende esta permanencia en la alabanza como participación en la liturgia celestial (cf. Apocalipsis 5), donde el Cordero exaltado es eternamente adorado.

Esta lectura nos invita a elevar la mirada sin abandonar la tierra, a vivir entre la contemplación y la misión, entre la adoración y el testimonio.

Preguntas para la reflexión:

1. **Desde la Colecta:** ¿De qué manera estoy elevando mi corazón y mi mente hacia Cristo, o sigo aferrado exclusivamente a las realidades temporales?
2. **Desde la Epístola:** ¿Estoy asumiendo mi vocación de testigo del Cristo exaltado en medio del mundo?
3. **Desde el Evangelio:** ¿Mi vida refleja el gozo y la adoración propios de quien reconoce a Cristo como Señor glorificado?

Aplicaciones prácticas:

1. **Desde la Colecta:** Cultivar una disciplina diaria de oración contemplativa que oriente el corazón hacia la realidad celestial, integrando la vida espiritual con las responsabilidades terrenales.

2. **Desde la Epístola:** Participar activamente en la misión de la Iglesia, dando testimonio de Cristo mediante palabras y obras, confiando en la promesa del Espíritu.
3. **Desde el Evangelio:** Incorporar la alabanza y la gratitud como actitudes permanentes, especialmente en la participación litúrgica y sacramental.

Oración final:

Señor Jesucristo, que ascendiste a la diestra del Padre y vives para interceder por nosotros, eleva nuestros corazones hacia ti, para que, viviendo en este mundo con fidelidad, participemos ya de la vida celestial que nos has prometido. Haznos testigos de tu gloria, perseverantes en la oración, constantes en la misión y firmes en la esperanza. Por la gracia de tu Espíritu, concédenos habitar siempre contigo, hasta que, consumado el tiempo, te contemplemos cara a cara en la plenitud de tu reino; tú que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos.

Amén.

ELEVADOS EN CRISTO: BENDICIÓN, PROMESA Y ADORACIÓN EN LA ASCENSIÓN

SERMÓN PARA EL DÍA DE LAS ASCENSIÓN

⁴⁹He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto. ⁵⁰Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. ⁵¹Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. ⁵²Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; ⁵³y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén." (*Lucas 24:49–53*)

"Lo que fue visible en nuestro Redentor ha pasado a los sacramentos" (San León Magno, Sermón 74 sobre la Ascensión).

"El Señor ascendió no para abandonarnos, sino para atraernos tras Él" (San Juan Crisóstomo, Homilías sobre la Ascensión).

"Hoy nuestro Señor Jesucristo subió al cielo; suba también con Él nuestro corazón" (San Agustín, Sermón 263).

Introducción:

El relato del evangelio de Lucas 24:49–53 constituye no solo la conclusión solemne del ministerio terrenal de Cristo, sino también el umbral visible de la vida sacramental y misionera de la Iglesia. En estas últimas líneas del Evangelio según San Lucas converge toda la economía de la redención, el Hijo encarnado, habiendo consumado la obediencia perfecta al Padre, bendice a los suyos, promete el don del Espíritu Santo y asciende en gloria, inaugurando una nueva modalidad de su presencia entre los hombres.

La Ascensión no representa ausencia, sino entronización; no implica distanciamiento, sino mediación perpetua. Aquel que descendió para asumir nuestra naturaleza caída asciende ahora llevando consigo nuestra humanidad redimida al seno mismo de la gloria divina. Tal como proclama la tradición patristica, la humanidad de Cristo es exaltada para que, en Él, también nuestra naturaleza sea elevada. Por eso la Iglesia confiesa en el Credo que Cristo **"subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre"**, no como una fórmula devocional abstracta, sino como la afirmación de que nuestra carne ha sido introducida en la comunión eterna de Dios.

El texto lucano se estructura en torno a tres realidades inseparables: **promesa, bendición y adoración**. Primero, Cristo promete "el poder desde lo alto",

anticipando Pentecostés y declarando que la misión apostólica jamás podrá sostenerse mediante capacidades puramente humanas. La Iglesia nace dependiente del Espíritu, no de la autosuficiencia religiosa. Después, el Señor alza sus manos y bendice a sus discípulos, revelando que la última acción visible de Cristo antes de ascender es un gesto sacerdotal. La Ascensión aparece así como la consumación litúrgica de su ministerio mediador, el verdadero Sumo Sacerdote entra en el santuario celestial llevando consigo los méritos de su sacrificio perfecto. Finalmente, los discípulos responden con adoración y gozo, retornando al templo para bendecir continuamente a Dios. La ausencia visible de Cristo no produce desolación, sino júbilo litúrgico, porque **la Iglesia comprende que el Señor exaltado continúa reinando y obrando en medio de ella.**

En plena consonancia con la espiritualidad del Libro de Oración Común, la fiesta de la Ascensión dirige la mirada de la Iglesia hacia la unión inseparable entre cielo y tierra, entre liturgia y escatología, entre sacramento y gloria. Cristo asciende para interceder perpetuamente por su pueblo, gobernar todas las cosas como Rey mesiánico y derramar sobre su Iglesia los dones del Espíritu Santo. **Desde la diestra del Padre, Él permanece verdadera y eficazmente presente en la proclamación de la Palabra, en la comunión sacramental y en la adoración del pueblo redimido.**

Por ello, la Ascensión no es simplemente un acontecimiento del pasado que la Iglesia recuerda anualmente, sino una realidad viva que define la identidad cristiana. La Iglesia es una comunidad elevada con Cristo, bendecida bajo sus manos sacerdotales, fortalecida por la promesa del Espíritu y orientada hacia la adoración celestial. Como exhorta San Agustín: **"Hoy nuestro Señor Jesucristo subió al cielo; suba también con Él nuestro corazón"**. En la Ascensión, la Iglesia aprende que su verdadera ciudadanía está en los cielos y que toda auténtica adoración participa ya, anticipadamente, de la liturgia eterna del Reino de Dios.

1. La promesa del poder desde lo alto (v. 49). "He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto."

Las primeras palabras del Señor resucitado antes de su Ascensión no constituyen una despedida melancólica, sino una declaración solemne de continuidad redentora. **Cristo no abandona a su Iglesia a la fragilidad de sus propios recursos**, sino que la sitúa bajo la certeza de una promesa divina que garantiza su permanencia, su misión y su poder. El mandato de permanecer en Jerusalén revela que la vida apostólica no puede surgir de la precipitación humana ni de la autosuficiencia espiritual, sino de la espera obediente del don prometido por el Padre.

En este versículo, la economía trinitaria aparece desplegada con notable claridad, **el Padre promete, el Hijo envía y el Espíritu capacita.** La misión de la Iglesia

nace, por tanto, no de una iniciativa institucional, sino de la acción soberana de Dios. Antes de ser enviada al mundo, la comunidad apostólica debe ser revestida desde lo alto; antes de hablar en nombre de Cristo, debe recibir el aliento vivificador del Espíritu Santo. La espera en Jerusalén posee así un carácter profundamente litúrgico y teológico, **los discípulos son conducidos a una dependencia radical de la gracia divina.**

La expresión “poder desde lo alto” no alude primariamente a capacidades extraordinarias, sino a la presencia eficaz del Espíritu que transforma, santifica y sostiene el testimonio cristiano. La Iglesia no conquista el mundo mediante estrategias humanas, prestigio intelectual o fuerza institucional, sino mediante la operación viva del Espíritu de Dios. Esta convicción ocupa un lugar central dentro de la tradición anglicana clásica, especialmente en la teología expresada por el Libro de Oración Común, **donde toda verdadera obra ministerial depende de la gracia proveniente y sustentadora del Señor.**

De este modo, la promesa de Cristo inaugura una espiritualidad de humilde expectación. Los discípulos aprenden que la fecundidad del ministerio no proviene del activismo, sino de la comunión con Dios; no de la confianza en la carne, sino de la plenitud del Espíritu. La Iglesia de todos los tiempos permanece llamada a vivir bajo esta misma verdad, **solo puede cumplir su vocación cuando permanece abierta al poder que desciende de lo alto.**

1.1. La promesa como cumplimiento de la economía veterotestamentaria.

La declaración de Cristo en Lucas 24:49 —“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros”— constituye una síntesis magistral de la historia de la redención. En una sola afirmación convergen las expectativas proféticas del Antiguo Pacto, la consumación de la obra mesiánica y la inauguración de la era del Espíritu. El lenguaje empleado por el evangelista no describe una expectativa vaga ni una posibilidad contingente, sino el cumplimiento irrevocable del propósito eterno de Dios.

El término griego utilizado por San Lucas es ἐπαγγελία (*epangelía*), vocablo que designa una promesa solemne fundada en la fidelidad de quien la pronuncia. En el uso bíblico, la ἐπαγγελία no depende de la capacidad humana para alcanzarla, sino de la veracidad y constancia de Dios mismo. Por ello, el concepto posee un marcado carácter teológico y pactual, **Dios promete porque permanece fiel a su alianza.** La Escritura presenta esta fidelidad como uno de los atributos fundamentales del Señor, **“Dios no es hombre, para que mienta” (Números 23:19).** La promesa divina se sostiene sobre el carácter inmutable de aquel que habla.

En el contexto lucano, **“la promesa del Padre”** se refiere primordialmente al don del Espíritu Santo, anunciado desde antiguo por los profetas. El trasfondo

veterotestamentario resulta esencial para comprender la densidad del pasaje. En Joel 2:28–29, el Señor declara, **“Derramaré mi Espíritu sobre toda carne”**, anticipando una efusión universal que trascendería las limitaciones nacionales y ceremoniales del antiguo orden. Del mismo modo, Isaías 44:3 relaciona el derramamiento del Espíritu con la restauración escatológica del pueblo de Dios, **“Derramaré agua sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación”**. La imagen profética del agua expresa fertilidad, renovación y vida, revelando que el Espíritu constituye el principio vivificante del nuevo pueblo del pacto.

Esta esperanza profética se encuentra también vinculada a la promesa de un corazón renovado en Ezequiel 36:26–27, donde Dios anuncia, **“Pondré dentro de vosotros mi Espíritu”**. La obra del Espíritu no sería simplemente externa ni circunstancial, como ocurrió en ciertos momentos de la antigua dispensación, sino interior, permanente y transformadora. Bajo el Antiguo Testamento, el Espíritu descendía sobre jueces, reyes o profetas para tareas específicas; en la nueva economía inaugurada por Cristo, el Espíritu es otorgado a todo el pueblo redimido como sello del nuevo pacto.

La expresión de Jesús, **“yo enviaré”** reviste igualmente una extraordinaria importancia cristológica y trinitaria. El verbo griego ἀποστέλλω (*apostéllō*), “enviar”, posee en el Nuevo Testamento un fuerte sentido misional y autoritativo. Cristo habla aquí con autoridad divina, revelándose como mediador soberano de las promesas del Padre. La economía trinitaria aparece desplegada con admirable claridad, **el Padre promete, el Hijo envía y el Espíritu es dado a la Iglesia**. No se trata de acciones separadas, sino de la operación indivisa del Dios trino en la obra de la salvación.

Esta dinámica atraviesa todo el Nuevo Testamento. En el Evangelio según San Juan, Cristo promete enviar **“otro Consolador”** (Juan 14:16), utilizando el término παράκλητος (*paráklētos*), que designa al abogado, ayudador o consolador divino que permanecerá perpetuamente con la Iglesia. En Hechos 2, Pentecostés aparece como el cumplimiento visible de la promesa anunciada en Lucas 24, mientras que San Pablo interpreta el don del Espíritu como la garantía escatológica de la herencia futura (Efesios 1:13–14). Asimismo, Romanos 8 presenta al Espíritu como principio de adopción filial y anticipación de la gloria venidera.

Desde la perspectiva de la teología anglicana clásica expresada en el Libro de Oración Común, como se ha dicho antes, esta promesa se comprende inseparablemente unida a la vida sacramental y litúrgica de la Iglesia. El Espíritu Santo no solamente capacita para la misión, sino que incorpora al creyente al cuerpo de Cristo, ilumina la inteligencia mediante la Palabra y santifica continuamente al pueblo de Dios. Toda verdadera vida cristiana surge, por tanto, de la gracia

preveniente y operante del Espíritu prometido por el Padre y enviado por el Hijo exaltado.

La orden de permanecer en Jerusalén antes de emprender la misión apostólica revela además un principio espiritual de enorme profundidad, **la Iglesia no puede actuar legítimamente sin antes recibir aquello que únicamente Dios puede conceder**. Antes del movimiento viene la espera; antes de la proclamación, la dependencia; antes del ministerio, la plenitud del Espíritu. La fecundidad apostólica jamás descansa en el ingenio humano, sino en la acción soberana de Dios que cumple sus promesas en favor de su pueblo.

Pregunta escudriñadora:

¿Vivo mi fe como respuesta confiada a las promesas de Dios, o como si dependiera exclusivamente de mis propias fuerzas y capacidades?

Aplicación práctica:

Cultivar una espiritualidad de espera reverente y dependencia activa, fortalecida mediante la oración perseverante, la meditación constante de la Escritura y la confianza plena en la obra santificadora y capacitadora del Espíritu Santo.

1.2. La investidura de poder: dimensión pneumatológica de la misión.

La exhortación de Cristo a permanecer en **Jerusalén "hasta que seáis investidos de poder desde lo alto"** constituye una de las afirmaciones pneumatológicas más significativas del Evangelio según San Lucas. En ella se establece un principio fundamental para la comprensión bíblica de la misión, **la Iglesia únicamente puede cumplir su vocación mediante la operación eficaz del Espíritu Santo**. Antes de ser enviada al mundo, debe ser revestida desde el cielo; antes de ejercer ministerio, debe recibir poder; antes de hablar en nombre de Cristo, debe ser transformada por la presencia divina.

La expresión griega utilizada por San Lucas es ἐνδύσθητε δύναντες (*endýsēthe dýnamin*). El verbo ἐνδύω (*endýō*) significa literalmente "vestir", "revestir" o "cubrirse con una prenda". En este contexto aparece en voz media subjuntiva, sugiriendo una acción recibida que envuelve plenamente al sujeto. No se trata simplemente de adquirir capacidades adicionales, sino de ser revestidos con una nueva condición espiritual otorgada por Dios. **La imagen expresa transformación, consagración y habilitación divina.**

El sustantivo δύναμις (*dýnamis*), traducido como "poder", posee en el Nuevo Testamento un sentido mucho más profundo que la sola fuerza humana o capacidad natural. Describe la energía eficaz de Dios actuando soberanamente en la historia

de la salvación. En el Evangelio de Lucas y en el libro de Hechos, la *δύναμις* se encuentra estrechamente vinculada a la obra del Espíritu Santo. No es poder autónomo ni manipulable, sino la manifestación activa de la presencia divina que **capacita para el testimonio, sostiene la fidelidad y confirma la proclamación del Evangelio.**

El trasfondo veterotestamentario de esta imagen resulta particularmente significativo. El lenguaje del revestimiento evoca las ceremonias de consagración sacerdotal descritas en Éxodo 28 y Levítico 8, donde Aarón y sus hijos eran revestidos con vestiduras sagradas antes de ejercer el ministerio delante de Dios. **Aquellas vestiduras no constituían meros adornos rituales, sino señales visibles de una realidad espiritual, el sacerdote era apartado, santificado y autorizado para servir en la presencia divina.** Del mismo modo, Cristo anuncia que su Iglesia será revestida con el poder del Espíritu para participar en la misión sacerdotal del nuevo pacto.

La conexión con el Antiguo Testamento se amplía también mediante las promesas proféticas relacionadas con el Espíritu. En Isaías 61:1, el Siervo del Señor declara, **"El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová"**. Este texto, aplicado por Cristo a sí mismo en Lucas 4:18, revela que toda misión mesiánica depende de la unción del Espíritu. Lo mismo ocurre con los jueces, profetas y reyes de Israel, sobre quienes el Espíritu descendía para capacitarlos en tareas específicas. Sin embargo, aquello que bajo la antigua dispensación era episódico y limitado, en la nueva economía del pacto se convierte en una realidad permanente y universal para el pueblo redimido.

Esta promesa encuentra su cumplimiento inmediato en Pentecostés, relatado en Hechos 2. Allí, la Iglesia recibe el Espíritu Santo y es transformada de una comunidad temerosa en un cuerpo apostólico investido de autoridad espiritual. El paralelismo entre Lucas 24:49 y Hechos 1:8 resulta particularmente revelador, **"recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo"**. La *δύναμις* prometida no tiene como finalidad la exaltación personal ni el espectáculo religioso, sino el testimonio fiel de Cristo **"hasta lo último de la tierra"**.

El resto del Nuevo Testamento desarrolla esta misma perspectiva pneumatológica. San Pablo enseña que el Evangelio no consiste solamente **"en palabras, sino también en poder y en el Espíritu Santo" (1 Tesalonicenses 1:5)**. Asimismo, en 2 Corintios 3:5–6, el apóstol afirma que la suficiencia ministerial no procede del hombre, sino de Dios, **"quien asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto"**. La misión cristiana permanece, por tanto, inseparablemente ligada a la acción capacitadora del Espíritu.

La tradición anglicana clásica, expresada en el Libro de Oración Común, preserva con claridad esta dependencia radical de la gracia divina. Las oraciones de

ordenación, las colectas y la liturgia misma subrayan constantemente que ningún ministerio puede ejercerse legítimamente sin la asistencia del Espíritu Santo. La eficacia del servicio cristiano no descansa en el talento, la elocuencia o la capacidad organizativa, sino en la obra soberana de Dios que fortalece y santifica a su Iglesia. Existe aquí además una profunda dimensión eclesiológica. **Cristo no envía individuos aislados movidos por iniciativas privadas, sino una comunidad reunida en oración y espera.** La investidura prometida posee carácter corporativo, **el Espíritu desciende sobre la Iglesia como cuerpo.** Por ello, el discernimiento espiritual nunca se reduce a impresiones subjetivas, sino que se desarrolla en el contexto de la comunión eclesial, la oración litúrgica y la fidelidad apostólica.

La espera en Jerusalén enseña así una lección permanente para la Iglesia de todos los tiempos, **el activismo religioso jamás puede sustituir la dependencia del Espíritu.** La fecundidad ministerial nace de la comunión con Dios antes que de la eficiencia humana. Allí donde la Iglesia olvida esta verdad, el ministerio se transforma en simple actividad exterior; allí donde permanece abierta al poder desde lo alto, la misión se convierte en instrumento vivo de la gracia divina.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco verdaderamente que mi servicio cristiano depende del poder del Espíritu Santo y no de mi capacidad, experiencia o suficiencia personal?

Aplicación práctica:

Cultivar una vida de oración perseverante y discernimiento eclesial antes de toda labor ministerial, buscando continuamente la dirección, fortaleza y santificación que únicamente el Espíritu Santo puede conceder.

2. La bendición en la elevación (vv. 50–51). ⁵⁰ Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. ⁵¹ Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo”.

El relato de la Ascensión alcanza aquí una profundidad litúrgica y cristológica de singular importancia. San Lucas presenta al Señor resucitado conduciendo a sus discípulos hasta Betania y, en el mismo acto de bendecirlos, siendo exaltado a la gloria celestial. La escena no posee un carácter exclusivamente narrativo, sino sacerdotal y escatológico, **Cristo asciende mientras sus manos permanecen extendidas sobre su pueblo.** La última imagen visible del Salvador no es la del juicio, sino la de la bendición.

El gesto de elevar las manos sitúa la Ascensión dentro del marco cultural del Antiguo Testamento y revela a Cristo como el verdadero Sumo Sacerdote que, habiendo

ofrecido el sacrificio perfecto de sí mismo, entra ahora en el santuario celestial para interceder perpetuamente por los suyos. Así, la Ascensión no constituye una interrupción de su ministerio, sino su consumación gloriosa. Aquel que redimió a su pueblo mediante la cruz continúa sosteniéndolo desde la diestra del Padre mediante su mediación eterna.

La bendición pronunciada por Cristo posee además un carácter eficaz y permanente. En la tradición bíblica, bendecir no significa únicamente expresar buenos deseos, sino comunicar la gracia vivificante de Dios. El Señor exaltado no abandona a su Iglesia a la incertidumbre de la historia, sino que la cubre continuamente con el favor de su presencia reconciliadora. **Bajo sus manos extendidas, la Iglesia encuentra protección, paz y perseverancia.**

Al mismo tiempo, la Ascensión manifiesta la exaltación mesiánica del Hijo. Cristo es llevado a la gloria no como quien abandona el mundo, sino como quien recibe públicamente el reino que le pertenece desde toda la eternidad. El Crucificado es entronizado como Señor universal; el Siervo sufriente es revelado como Rey victorioso. Desde esta perspectiva, la Ascensión constituye la proclamación visible de que toda autoridad en el cielo y en la tierra ha sido entregada al Hijo encarnado. En plena armonía con la teología clásica del Libro de Oración Común, **la Iglesia contempla en la Ascensión tanto la continuidad del sacerdocio de Cristo como la certeza de su reinado soberano.** El Señor que bendice es el mismo que gobierna; el que asciende es el que permanece presente por medio de su Espíritu. Por ello, la comunidad cristiana vive entre la confianza y la adoración, sabiendo que su vida entera se desarrolla bajo la autoridad misericordiosa de Cristo glorificado.

2.1 La bendición sacerdotal del Cristo glorificado.

El relato lucano de la Ascensión presenta un detalle de profunda riqueza teológica y litúrgica: **“alzando sus manos, los bendijo”** (Lucas 24:50). Lejos de tratarse de un gesto incidental o simplemente descriptivo, esta acción revela la identidad sacerdotal de Cristo y manifiesta la continuidad de su ministerio mediador aun en el momento mismo de su exaltación. El Señor asciende bendiciendo; su partida visible ocurre bajo el signo de la gracia y no del abandono. La última imagen que la Iglesia contempla del Cristo terreno es la de sus manos extendidas sobre el pueblo redimido.

El texto griego utiliza la expresión ἐπάρας τὰς χεῖρας (*epáras tàs cheíras*). El participio ἐπάρας proviene del verbo ἐπαίρω (*epaíró*), que significa “levantar”, “elevantar” o “alzar solemnemente”. En el contexto bíblico, el acto de levantar las manos posee un marcado sentido cultural y sacerdotal. **No se trata de un movimiento casual, sino de un gesto asociado a la oración, la intercesión y la bendición divina.** Las “manos levantadas” representan autoridad mediadora y transmisión de gracia.

Esta imagen remite inmediatamente al trasfondo sacerdotal del Antiguo Testamento. En Levítico 9:22, después de ofrecer el sacrificio por el pueblo, Aarón **“alzó sus manos hacia el pueblo y lo bendijo”**. La correspondencia con Lucas 24 resulta extraordinariamente significativa. Así como Aarón bendecía después del sacrificio expiatorio, Cristo bendice a sus discípulos después de haber consumado el sacrificio definitivo de la cruz y de haber vencido la muerte mediante su resurrección. Sin embargo, el paralelismo también revela superioridad, **Cristo no es un sacerdote temporal que ministra con sangre ajena, sino el verdadero y eterno Sumo Sacerdote que entra en el santuario celestial mediante su propia sangre, tal como desarrolla extensamente la Epístola a los Hebreos.**

La bendición pronunciada por Cristo posee además una naturaleza eficaz y objetiva. En la mentalidad bíblica, bendecir no significa simplemente expresar buenos deseos o pronunciar fórmulas piadosas. El verbo griego εὐλογέω (*eulogéō*), utilizado en este pasaje, implica comunicar favor divino, impartir gracia y establecer comunión bajo el beneplácito de Dios. **La bendición bíblica produce aquello que declara porque procede de la autoridad soberana del Señor.**

Este principio encuentra una de sus expresiones más elevadas en Números 6:24–26, donde se establece la bendición aarónica: **“Jehová te bendiga y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti...”**. Allí, la bendición incluye protección, paz, misericordia y comunión pactual. No se trata de una invocación abstracta, sino de la declaración efectiva de la presencia favorable de Dios sobre su pueblo. En Cristo, esta bendición alcanza su consumación definitiva. Él no solamente pronuncia bendición; Él mismo es la bendición encarnada del nuevo pacto.

La Ascensión debe entenderse, por tanto, dentro del marco del exclusivo sacerdocio celestial de Cristo. El Señor no cesa su ministerio al ascender, sino que lo lleva a su plenitud gloriosa. La Epístola a los Hebreos describe esta realidad con notable claridad al afirmar que Cristo **“entró en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”** (Hebreos 9:24). El ministerio sacerdotal del Antiguo Testamento encontraba su consumación tipológica en el ingreso anual del sumo sacerdote al Lugar Santísimo; **la Ascensión representa el cumplimiento definitivo de aquella figura.** Cristo entra en la presencia del Padre como mediador eterno, llevando consigo la humanidad redimida.

La relación entre bendición y presencia divina atraviesa igualmente todo el Nuevo Testamento. En Efesios 1:3, San Pablo proclama que Dios **“nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”**. Toda gracia salvadora fluye desde el Cristo exaltado. La bendición ya no se limita a un territorio, un templo o un sacerdocio levítico, sino que es comunicada universalmente a la Iglesia por medio de la unión con el Señor resucitado y glorificado.

La tradición anglicana, expresada en el Libro de Oración Común, ha preservado con especial reverencia esta dimensión sacerdotal y sacramental de la bendición. En la liturgia anglicana, la bendición final no constituye un añadido ceremonial ni una fórmula ornamental, **sino una declaración eclesial de la gracia de Cristo sobre su pueblo**. La Iglesia es despedida bajo las manos extendidas de su Señor glorificado, enviada al mundo como comunidad bendecida y sostenida por la presencia divina.

Existe además una profunda dimensión pastoral en este pasaje. Cristo asciende bendiciendo precisamente porque su relación con la Iglesia no concluye con su exaltación. El Señor glorificado continúa intercediendo, sosteniendo y santificando a los suyos desde la diestra del Padre. Sus manos levantadas sobre los discípulos se convierten en signo permanente de su mediación celestial. **La Iglesia peregrina vive constantemente bajo esa bendición sacerdotal que preserva, fortalece y conduce hacia la gloria futura.**

Por ello, la bendición de Cristo no debe ser reducida a una experiencia emocional pasajera ni a una simple formalidad litúrgica. Es una realidad objetiva fundada en la obra consumada del Redentor y comunicada continuamente a su Iglesia mediante la Palabra, los sacramentos y la comunión del Espíritu Santo. **Allí donde Cristo bendice, hay reconciliación, paz y vida abundante.**

Pregunta escudriñadora:

¿Recibo la bendición de Cristo como una realidad viva y eficaz que transforma verdaderamente mi existencia bajo su gracia y señorío?

Aplicación práctica:

Participar consciente y reverentemente en la vida litúrgica de la Iglesia, acogiendo con fe la bendición divina y convirtiéndose, a su vez, en instrumento de gracia, reconciliación y paz hacia los demás mediante palabras, acciones y testimonio cristiano.

2.2 La Ascensión como exaltación y entronización.

El acontecimiento de la Ascensión, descrito por San Lucas en Lucas 24:51, no debe interpretarse como un simple traslado espacial de Cristo desde la tierra hacia el cielo, sino como **la proclamación visible de su exaltación mesiánica y de su entronización eterna a la diestra del Padre**. El lenguaje del pasaje trasciende toda comprensión puramente física o cosmológica; la Ascensión pertenece al ámbito de la glorificación y del señorío divino. El Cristo crucificado y resucitado es públicamente constituido como **Rey universal y mediador soberano del nuevo pacto**.

El texto griego utiliza el verbo ἀνεφέρετο (*anephéreto*), forma imperfecta pasiva de ἀναφέρω (*anaphérō*), cuyo significado básico es “ser llevado arriba”, “ser elevado” o “ser ofrecido”. La voz pasiva posee aquí una profunda relevancia teológica, pues indica que la exaltación de Cristo acontece por la acción del Padre. El Hijo no se glorifica a sí mismo independientemente, sino que es exaltado conforme al designio eterno de Dios. **La Ascensión representa así la ratificación divina de la obediencia perfecta del Hijo y la vindicación pública de su obra redentora.**

Este lenguaje encuentra un trasfondo decisivo en Daniel 7:13–14, donde el profeta contempla **“uno como hijo de hombre”** que viene ante el Anciano de días para recibir **“dominio, gloria y reino”**. Resulta notable que, en la visión de Daniel, el movimiento del Hijo del Hombre no es hacia la tierra, sino hacia la presencia divina. **La Ascensión de Cristo constituye precisamente el cumplimiento histórico y escatológico de esta visión profética.** El Resucitado entra en la gloria celestial para recibir la manifestación plena de su autoridad mesiánica. Así, la Ascensión no describe ausencia, sino coronación; no expresa retirada, sino investidura real.

El título **“Hijo del Hombre”**, utilizado frecuentemente por Cristo en los Evangelios, adquiere aquí toda su densidad apocalíptica y regia. Aquel que sufrió humillación, rechazo y muerte es ahora revelado como el soberano escatológico ante quien comparecen las naciones. La humillación de la encarnación culmina en la exaltación de la Ascensión. Tal como afirma San Pablo en Filipenses 2:9–11, **“Dios también le exaltó hasta lo sumo”**, otorgándole el Nombre sobre todo nombre. La exaltación de Cristo constituye la respuesta del Padre a la obediencia perfecta del Hijo.

La Ascensión debe entenderse igualmente a la luz del Salmo 110:1: **“Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”**. Este texto es el pasaje veterotestamentario más citado en el Nuevo Testamento y se convierte en clave hermenéutica para interpretar la glorificación de Cristo. Sentarse a la diestra de Dios no implica una ubicación física limitada, sino participación en la autoridad, dignidad y gobierno divinos. **La diestra simboliza poder soberano, victoria y dominio real.**

En el pensamiento bíblico, el trono expresa gobierno universal. Por ello, afirmar que Cristo está sentado a la diestra del Padre equivale a confesar que Él participa plenamente en la soberanía divina sobre toda la creación. **La Ascensión inaugura así el reinado mesiánico del Cristo glorificado.** El Señor resucitado gobierna sobre la historia, sostiene a su Iglesia y conduce todas las cosas hacia la consumación final de su reino.

El Nuevo Testamento desarrolla ampliamente esta dimensión entronizadora de la Ascensión. En Efesios 1:20–22, San Pablo enseña que Cristo fue exaltado **“sobre**

todo principado y autoridad y poder y señorío". La exaltación no posee únicamente un significado honorífico, sino cósmico y escatológico, toda potestad queda subordinada al reinado de Cristo. Del mismo modo, en Hebreos 1:3 se afirma que, después de efectuar la purificación de nuestros pecados, el Hijo **"se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas"**. La sesión celestial de Cristo representa la consumación de su obra sacerdotal y la permanencia de su autoridad real.

Existe además una profunda relación entre Ascensión e intercesión. Cristo reina no como un monarca distante, **sino como mediador compasivo y sacerdote eterno**. Desde la gloria celestial continúa intercediendo por su pueblo, gobernando la Iglesia mediante su Palabra y comunicando su gracia a través del Espíritu Santo. La entronización no elimina su cercanía; por el contrario, universaliza su presencia y eficacia salvadora.

En el Libro de Oración Común se expresa de manera litúrgica esta visión profundamente cristocéntrica de la Ascensión. La liturgia de la Iglesia celebra a Cristo como Rey exaltado, Sacerdote celestial y Señor soberano de todas las cosas. La confesión de su señorío no pertenece únicamente al ámbito doctrinal, sino también al ético y litúrgico. **Toda la vida cristiana debe ordenarse bajo la autoridad del Cristo glorificado.**

Esta verdad posee implicaciones existenciales de enorme profundidad. Reconocer la Ascensión como entronización significa **admitir que ninguna esfera de la existencia permanece fuera del dominio de Cristo**. El Señor exaltado reclama autoridad sobre la conciencia, la familia, el trabajo, la cultura y la sociedad. Su reinado no es parcial ni simbólico, sino absoluto y universal. **Allí donde la Iglesia olvida esta realidad, el cristianismo corre el riesgo de reducirse a una experiencia privada desligada del señorío cósmico de Cristo.**

La Ascensión proclama, por tanto, que el Crucificado reina. El que llevó la corona de espinas ha sido coronado con gloria eterna. Y la Iglesia peregrina vive entre la memoria de esa exaltación y la esperanza de su manifestación final, aguardando el día en que toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco verdaderamente el señorío de Cristo sobre cada dimensión de mi existencia, o continúo reservando áreas de mi vida fuera de su autoridad?

Aplicación práctica:

Someter conscientemente toda esfera de la vida —personal, familiar, profesional,

intelectual y social— al gobierno de Cristo exaltado, cultivando una obediencia práctica que refleje la realidad de su reino presente y eterno.

3. La respuesta de la Iglesia: adoración y gozo (vv. 52–53). ⁵² Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; ⁵³ y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén”.

La reacción de los discípulos ante la Ascensión constituye uno de los testimonios más significativos de la comprensión pascual de la Iglesia primitiva. Lejos de manifestar desconcierto o abandono, **los apóstoles responden con adoración, gozo y perseverancia litúrgica**. San Lucas presenta así la actitud propia de la comunidad cristiana frente al misterio del Cristo exaltado, **la Ascensión no genera ausencia desesperanzada, sino una conciencia renovada de la presencia soberana del Señor**.

El hecho de que los discípulos adoren a Cristo inmediatamente después de su elevación posee una profunda relevancia cristológica. La adoración dirigida al Resucitado confirma el reconocimiento de su dignidad divina y de su autoridad mesiánica. La Iglesia naciente comprende que aquel que ha ascendido participa plenamente de la gloria del Padre y reina eternamente como Señor de la creación y cabeza de su pueblo. Por ello, la Ascensión no marca el final de la comunión con Cristo, sino el comienzo de una relación transformada por la fe, el Espíritu y la esperanza escatológica.

San Lucas subraya además que los discípulos regresaron a Jerusalén **“con gran gozo”**. Esta alegría no procede de circunstancias externas favorables, sino de la certeza teológica de que Cristo continúa presente y actuante. El Señor exaltado ya no está limitado por las condiciones de la existencia terrenal, sino que ejerce una presencia universal y eficaz en medio de su Iglesia. El gozo cristiano nace precisamente de esta convicción, **el Cristo que ascendió es el mismo que sostiene, gobierna e intercede perpetuamente por los suyos**.

La escena culmina con la imagen de los discípulos permaneciendo continuamente en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. La respuesta final a la Ascensión es, por tanto, esencialmente litúrgica. **La Iglesia aparece reunida en adoración constante, configurada por la alabanza y sostenida por la comunión del culto**. Desde sus orígenes, la comunidad cristiana es presentada como un pueblo cuya identidad se forma alrededor de la oración común y la bendición divina.

Esta visión encuentra una expresión particularmente rica dentro de la tradición del Libro de Oración Común, donde la liturgia no es considerada un elemento accesorio de la vida cristiana, **sino el ámbito ordinario en el que la Iglesia participa de la gracia de Cristo y anticipa la adoración celestial**. La perseverancia en el culto revela que la Iglesia vive orientada hacia el cielo aun mientras peregrina en la

tierra. En la adoración comunitaria, el pueblo de Dios aprende a contemplar al Cristo glorificado y a ordenar toda su existencia bajo la alegría de su reino eterno.

3.1 La adoración como respuesta al misterio.

La primera reacción de los discípulos ante la Ascensión del Señor no es el desconcierto ni la aflicción, sino la adoración. San Lucas declara: **“Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo” (Lucas 24:52).** Esta respuesta posee una importancia teológica extraordinaria, pues revela la comprensión que la Iglesia apostólica tenía del acontecimiento de la Ascensión, **Cristo no ha sido perdido, sino exaltado; no ha desaparecido de la comunión con los suyos, sino que ha entrado en la plenitud de su gloria mesiánica y divina.**

El texto griego emplea el participio προσκυνήσαντες (*proskynēsantes*), derivado del verbo προσκυνέω (*proskynéō*), término que significa “postrarse”, “inclinarse reverentemente” o “adorar”. En el contexto bíblico, este verbo expresa un acto de reconocimiento absoluto de autoridad y majestad. Su sentido va más allá de la simple reverencia humana; implica homenaje cultural y reconocimiento de dignidad divina. En la Septuaginta, προσκυνέω se utiliza frecuentemente para describir la adoración debida únicamente a Dios. Por ello, el hecho de que los discípulos adoren a Cristo después de la Ascensión constituye una afirmación implícita pero inequívoca de su divinidad y señorío eterno.

Resulta particularmente significativo que esta adoración ocurra inmediatamente después de la separación visible de Cristo. Humanamente, podría esperarse tristeza o sensación de abandono; sin embargo, la reacción apostólica es litúrgica y reverente. Esto demuestra que los discípulos han comprendido el verdadero significado de la Ascensión. **No interpretan el evento como ausencia definitiva, sino como glorificación.** La fe pascual transforma completamente la percepción de la Iglesia, **el Señor exaltado continúa presente y actuante, aunque ahora de una manera distinta y universal.**

Esta comprensión posee un profundo trasfondo veterotestamentario. El Salmo 47 proclama: **“Subió Dios con júbilo, Jehová con sonido de trompeta”.** Este salmo, tradicionalmente asociado al reinado divino, describe la ascensión triunfal del Señor al trono celestial en medio de alabanza y adoración. San Lucas presenta a Cristo como el cumplimiento pleno de esta imagen litúrgica y regia. La Ascensión de Jesús no constituye un acontecimiento aislado, sino **la manifestación definitiva del reinado de Dios en el Mesías exaltado.**

La relación entre adoración y realeza divina atraviesa toda la Escritura. En el Antiguo Testamento, la adoración auténtica siempre surge como respuesta a la revelación de la gloria de Dios. Isaías cae postrado ante la visión del Señor en el templo (Isaías

6); Ezequiel se abate rostro en tierra ante la manifestación de la gloria divina (Ezequiel 1:28); Daniel contempla al Hijo del Hombre recibiendo dominio eterno para que **"todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran" (Daniel 7:14)**. En todos estos casos, la revelación de la majestad divina **produce reverencia, rendición y culto**.

El Nuevo Testamento desarrolla esta misma dinámica cristológica. Los Evangelios muestran repetidamente a personas postrándose delante de Cristo en actos de adoración, los magos en Belén (Mateo 2:11), los discípulos después de calmar la tempestad (Mateo 14:33) y Tomás al exclamar, **"¡Señor mío y Dios mío!" (Juan 20:28)**. Sin embargo, la Ascensión marca el momento culminante de esta revelación, porque Cristo ya no aparece únicamente como maestro, profeta o Mesías sufriente, sino como Señor glorificado y entronizado.

La adoración apostólica anticipa además la liturgia celestial descrita en el Libro de Apocalipsis. En el capítulo 5, el Cordero exaltado recibe la adoración de los ángeles y de toda la creación: **"Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza"**. La Iglesia terrenal participa ya anticipadamente de esta adoración celestial cada vez que se reúne en el nombre de Cristo. La liturgia cristiana se convierte así en un acto escatológico, **el pueblo de Dios adora en la tierra al Rey que reina en los cielos**.

Desde la perspectiva de la tradición anglicana clásica, en su liturgia formal, la adoración constituye la respuesta fundamental de la Iglesia al misterio de Cristo. La liturgia no es un ejercicio estético ni una básica estructura ceremonial, sino la participación reverente del pueblo redimido en la gloria del Señor exaltado. Toda verdadera adoración cristiana es teocéntrica, sacramental y celestial, **orienta el corazón hacia Cristo glorificado y conforma la vida del creyente bajo su señorío**.

La reacción de los discípulos enseña además que la adoración auténtica nace de una visión correcta de Cristo. Allí donde el Señor es reducido a símbolo moral, maestro ético o figura histórica, la adoración inevitablemente se debilita y se vuelve superficial. Pero **cuando la Iglesia contempla al Cristo exaltado en la plenitud de su gloria, surge espontáneamente la reverencia, la humildad y la alabanza. La profundidad del culto depende de la profundidad de la visión cristológica.**

Por ello, la Ascensión no aleja a la Iglesia de la adoración; la introduce más profundamente en ella. Cristo asciende para conducir a su pueblo hacia la liturgia eterna del Reino de Dios. La Iglesia peregrina aprende así que toda adoración verdadera participa ya del culto celestial donde el Cordero glorificado recibe honor, gloria y poder por los siglos de los siglos.

Pregunta escudriñadora:

¿Refleja mi adoración la realidad gloriosa del Cristo exaltado, o se ha reducido a una práctica superficial carente de reverencia y contemplación?

Aplicación práctica:

Cultivar una vida litúrgica consciente y reverente, participando activamente en la adoración comunitaria, meditando profundamente en la gloria de Cristo y ordenando toda la existencia bajo la centralidad de su presencia exaltada.

3.2 El gozo como fruto de la presencia transformada.

El relato de la Ascensión culmina con una afirmación que, desde una perspectiva simplemente humana, parecería paradójica: los discípulos **“volvieron a Jerusalén con gran gozo” (Lucas 24:52)**. La reacción esperable ante la separación visible del Maestro habría sido tristeza o desconcierto; sin embargo, San Lucas describe una comunidad inundada de alegría. Este detalle revela que la Iglesia apostólica comprendió correctamente el significado teológico de la Ascensión. Cristo no había desaparecido de la vida de los suyos; su presencia había sido transformada y universalizada mediante su exaltación gloriosa.

El texto griego emplea la expresión χαρᾶς μεγάλης (*charâs megálēs*). El sustantivo χαρὰ (*charâ*) designa un gozo profundo, espiritual y duradero, distinto de la satisfacción circunstancial o del entusiasmo pasajero. En el Nuevo Testamento, la χαρὰ aparece constantemente vinculada a la salvación, a la presencia de Dios y a la acción del Espíritu Santo. El adjetivo μεγάλη (*megálē*), “grande” o “abundante”, intensifica la plenitud de esta alegría. San Lucas no describe un alivio emocional transitorio, **sino una experiencia espiritual nacida de la certeza de la victoria y exaltación de Cristo.**

Este gozo constituye una señal inequívoca de fe madura. Los discípulos ya no interpretan la relación con Cristo en términos exclusivamente visibles o materiales. Han comprendido que la Ascensión no significa ausencia definitiva, sino una nueva modalidad de presencia. El Señor exaltado ya no está limitado por las condiciones espacio-temporales de la existencia terrenal; ahora está presente universalmente en medio de su Iglesia mediante el Espíritu Santo.

San Agustín expresó magistralmente esta verdad al afirmar que Cristo está “ausente según la carne, pero presente según la divinidad”. Esta formulación patristica protege simultáneamente la realidad histórica de la Ascensión y la permanencia de la comunión con Cristo. El Señor ha ascendido verdaderamente al cielo en su humanidad glorificada, pero continúa presente y operante por su naturaleza divina

y por la acción del Espíritu Santo. La Iglesia vive, por tanto, en una comunión real aunque sacramental y espiritual con su Señor exaltado.

El trasfondo veterotestamentario ilumina aún más esta relación entre presencia divina y gozo. En los Salmos, la alegría aparece constantemente asociada a la cercanía de Dios, **“En tu presencia hay plenitud de gozo” (Salmo 16:11)**. Asimismo, el retorno de la presencia divina al pueblo de Israel era motivo de júbilo litúrgico y celebración comunitaria. Cuando David trasladó el arca del pacto a Jerusalén, el pueblo adoró **“con júbilo y sonido de trompeta” (2 Samuel 6:15)**. La presencia de Dios producía gozo porque significaba comunión, protección y bendición pactual.

En la Ascensión, esta esperanza alcanza su plenitud cristológica. Cristo mismo es la presencia definitiva de Dios en medio de su pueblo. Pero ahora, mediante su exaltación, esa presencia deja de estar localizada corporalmente en un solo lugar **para hacerse universalmente accesible a la Iglesia**. La Ascensión no disminuye la cercanía de Cristo; la amplía y perfecciona.

El Evangelio según San Juan desarrolla profundamente esta verdad. En Juan 16:7, Jesús declara: **“Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros”**. Esta afirmación revela que la partida visible de Cristo es condición para la venida del Espíritu Santo. La Ascensión y Pentecostés constituyen, por tanto, dos dimensiones inseparables de una misma economía salvífica. Cristo asciende para comunicar una presencia más profunda, interior y universal mediante el Espíritu.

El término παράκλητος (*paráklētos*), utilizado en Juan para designar al Espíritu Santo, expresa precisamente esta continuidad de la presencia de Cristo en la Iglesia. El Espíritu no reemplaza a Cristo; hace presente la vida del Cristo glorificado en el corazón de los creyentes. Por ello, el gozo apostólico no depende de la visibilidad física del Señor, sino de la certeza de su presencia continua y eficaz.

El resto del Nuevo Testamento confirma esta dimensión pneumatológica del gozo cristiano. San Pablo habla del **“gozo del Espíritu Santo” (1 Tesalonicenses 1:6)** y enumera el gozo como fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). La alegría cristiana no nace de circunstancias favorables, estabilidad emocional o prosperidad externa, sino de la comunión con Cristo resucitado y glorificado. Incluso en medio de la persecución y el sufrimiento, la Iglesia puede perseverar en el gozo porque sabe que su Señor reina y permanece con ella.

Esta verdad ocupa un lugar central en la espiritualidad de la tradición anglicana clásica, ya que en su liturgia **se entiende la adoración cristiana como participación anticipada en la alegría celestial del Reino de Dios**. Por ello,

incluso las oraciones penitenciales y las temporadas de solemnidad están atravesadas por la esperanza pascual y la certeza de la presencia viva de Cristo.

Existe además una importante dimensión pastoral en este pasaje. La Iglesia contemporánea vive frecuentemente marcada por el temor, la ansiedad y la incertidumbre. Sin embargo, la Ascensión recuerda **que el fundamento de la alegría cristiana no reside en la estabilidad histórica ni en la ausencia de dificultades, sino en el reinado presente de Cristo**. El Señor exaltado continúa gobernando soberanamente sobre la historia y acompañando a su pueblo mediante el Espíritu Santo.

El gozo apostólico surge entonces de una visión transformada de la realidad. Los discípulos ya no viven dominados por la percepción inmediata de las circunstancias visibles, sino por la certeza teológica de que Cristo reina, intercede y permanece con los suyos hasta el fin de los tiempos. **Allí donde esta convicción se debilita, el gozo cristiano se desvanece; allí donde permanece viva, la Iglesia puede perseverar aun en medio de la prueba.**

La Ascensión enseña así que el gozo auténticamente cristiano es inseparable de la presencia del Cristo glorificado. No es evasión emocional ni optimismo superficial, sino la respuesta profunda de la fe a la realidad del Señor exaltado que vive y reina eternamente.

Pregunta escudriñadora:

¿Experimento el gozo que nace de la certeza de la presencia continua de Cristo, o permito que las circunstancias visibles determinen mi vida espiritual?

Aplicación práctica:

Cultivar una espiritualidad centrada en la comunión diaria con Cristo mediante la oración, la Palabra y la vida litúrgica, aprendiendo a vivir con alegría y esperanza aun en medio de la incertidumbre y las pruebas de la vida presente.

3.3 La perseverancia litúrgica como identidad eclesial.

El relato lucano concluye describiendo a los discípulos **“siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Lucas 24:53)**. Esta afirmación final posee una importancia eclesiológica y litúrgica decisiva, pues revela la forma concreta en que la Iglesia primitiva respondió al misterio de la Ascensión. La comunidad apostólica no se dispersa ni se repliega en una espiritualidad individualista; permanece reunida en adoración perseverante. La vida común del culto se convierte en el espacio visible donde la Iglesia reconoce, celebra y participa de la presencia del Cristo exaltado.

La expresión griega διὰ παντὸς ἐν τῷ ἱερῷ (*dià pantòs en tō hierō*) puede traducirse literalmente como **“continuamente en el templo” o “de manera constante en el santuario”**. La construcción διὰ παντὸς enfatiza permanencia, continuidad y fidelidad sostenida. No describe una práctica ocasional ni un entusiasmo pasajero posterior a la Ascensión, sino un hábito estructural que define la identidad misma de la comunidad cristiana naciente.

El término ἱερὸν (*hierón*) se refiere al complejo del templo de Jerusalén como lugar consagrado para la adoración pública. Resulta particularmente significativo que los discípulos permanezcan allí después de la Ascensión. **La Iglesia no surge en oposición inmediata al culto bíblico, sino como cumplimiento y transformación de las esperanzas litúrgicas del Antiguo Pacto.** El templo, centro de la presencia divina y de la vida sacrificial de Israel, anticipaba tipológicamente la comunión definitiva entre Dios y su pueblo que ahora comienza a manifestarse plenamente en Cristo.

En el Antiguo Testamento, la perseverancia en la adoración constituía una señal distintiva de fidelidad pactual. Israel era llamado a vivir alrededor del culto divinamente ordenado. Las fiestas solemnes, los sacrificios y la oración comunitaria estructuraban la vida espiritual del pueblo. **Los Salmos reflejan constantemente esta centralidad litúrgica: “Una cosa he demandado a Jehová... que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida” (Salmo 27:4).** La presencia en el santuario expresaba comunión, dependencia y pertenencia al pueblo de Dios.

Sin embargo, en Cristo, la realidad del templo alcanza su consumación escatológica. Jesús mismo se presenta como el verdadero templo (Juan 2:19–21), el lugar definitivo donde Dios habita en medio de los hombres. Por ello, la perseverancia litúrgica de la Iglesia apostólica no constituye simple continuidad ceremonial judaica, sino participación en la nueva economía inaugurada por el Mesías glorificado. **El templo terrenal comienza a ser reinterpretado a la luz del Cristo exaltado y de la futura formación de la Iglesia como templo espiritual del Espíritu Santo.**

La expresión “alabando y bendiciendo a Dios” profundiza aún más esta dimensión cultual. El verbo αἰνοῦντες (*ainoûntes*), “alabando”, denota proclamación gozosa de la grandeza divina, mientras que εὐλογοῦντες (*eulogoûntes*), “bendiciendo”, implica acción de gracias reverente y reconocimiento del favor de Dios. **La Iglesia aparece así configurada como una comunidad doxológica cuya existencia está orientada hacia la glorificación divina.**

Esta dinámica anticipa claramente el retrato de la Iglesia en el libro de Hechos de los Apóstoles. En el capítulo 2:42, los creyentes perseveran **“en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones”**. La continuidad entre Lucas 24 y Hechos 2 resulta evidente, **la perseverancia**

litúrgica no constituye un elemento secundario de la vida cristiana, sino una dimensión esencial de la identidad eclesial. La Iglesia nace reunida en oración, adoración y comunión sacramental.

El Nuevo Testamento desarrolla ampliamente esta visión comunitaria del culto. La Epístola a los Hebreos exhorta a no abandonar **“nuestra congregación”** (Hebreos 10:25), vinculando la perseverancia comunitaria con la esperanza escatológica. San Pablo describe a la Iglesia como cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo (1 Corintios 3:16–17), subrayando que la presencia divina se manifiesta corporativamente en el pueblo reunido. **La adoración cristiana nunca es presentada como experiencia puramente privada; pertenece esencialmente a la vida del cuerpo eclesial.**

La dimensión litúrgica adquiere además una profunda proyección celestial en el libro de Apocalipsis. Allí, la Iglesia aparece unida a la adoración eterna del cielo, donde multitudes incontables proclaman la gloria del Cordero. Toda liturgia cristiana participa anticipadamente de esta realidad escatológica. **El culto terrenal se convierte en signo visible de la comunión entre la Iglesia peregrina y la Iglesia triunfante.**

La tradición anglicana clásica ha preservado con especial profundidad esta comprensión eclesial y sacramental del culto. El Libro de Oración Común entiende la liturgia formal no simplemente como organización ceremonial, sino como medio ordinario de gracia mediante el cual Dios forma, sostiene y santifica a su pueblo. **La oración común expresa visiblemente la unidad doctrinal y espiritual de la Iglesia.** En ella, la comunidad cristiana es moldeada por la Escritura, alimentada por los sacramentos y orientada continuamente hacia la adoración celestial.

Esta visión posee importantes implicaciones pastorales para la Iglesia contemporánea. En una cultura marcada por el individualismo religioso y la fragmentación espiritual, la perseverancia litúrgica recuerda que la fe cristiana no puede sostenerse aisladamente. **El creyente necesita la comunión del cuerpo de Cristo, la proclamación pública de la Palabra y la participación constante en la adoración comunitaria.** Allí donde la liturgia es reducida a preferencia estética o actividad opcional, la identidad eclesial comienza a debilitarse. La perseverancia en el culto expresa además una orientación escatológica. La Iglesia permanece adorando porque vive esperando el retorno glorioso de Cristo. La liturgia mantiene viva la memoria de la redención pasada, actualiza sacramentalmente la presencia del Señor resucitado y anticipa la consumación futura del Reino de Dios. **Por ello, la adoración no constituye una interrupción de la misión de la Iglesia, sino su fundamento y culminación.**

La escena final de Lucas presenta así a una Iglesia reunida, perseverante y adorante. Bajo la realidad del Cristo exaltado, la comunidad cristiana descubre que su identidad

más profunda no se encuentra en estructuras humanas, estrategias organizativas o influencias culturales, sino en su **vocación permanente de glorificar a Dios y participar de la liturgia eterna del cielo.**

Pregunta escudriñadora:

¿Ocupa verdaderamente la adoración comunitaria un lugar central en mi vida cristiana, o ha sido desplazada por prioridades secundarias y una espiritualidad individualista?

Aplicación práctica:

Comprometerse fiel y reverentemente con la vida litúrgica de la Iglesia, participando activamente en la oración común, la proclamación de la Palabra y los sacramentos, reconociendo en ellos los medios ordinarios mediante los cuales Dios sostiene y santifica a su pueblo.

Conclusión:

El relato de Lucas 24:49–53 revela la Ascensión no como el epílogo del ministerio de Cristo, sino como la consumación gloriosa de la obra redentora y el comienzo de la vida visible de la Iglesia bajo el señorío del Cristo exaltado. En este acontecimiento convergen la fidelidad de las promesas veterotestamentarias, la plenitud del sacerdocio mesiánico y la inauguración de la misión apostólica en el poder del Espíritu Santo. La Ascensión constituye, por tanto, un misterio profundamente trinitario, litúrgico y escatológico, **el Padre exalta al Hijo, el Hijo bendice y envía a su Iglesia, y el Espíritu Santo desciende para capacitarla y sostenerla hasta la consumación final del Reino.**

La promesa del **“poder desde lo alto”** manifiesta que la Iglesia jamás puede comprenderse a sí misma desde categorías exclusivamente humanas. Su origen, su perseverancia y su fecundidad dependen enteramente de la acción soberana de Dios. El Espíritu prometido por el Padre y enviado por el Hijo no constituye un complemento accesorio de la vida cristiana, **sino el principio mismo de la existencia eclesial.** Allí donde la Iglesia vive dependiente del Espíritu, permanece fiel a su vocación apostólica; allí donde confía exclusivamente en sus propios recursos, corre el riesgo de vaciarse de su verdadera naturaleza espiritual.

Del mismo modo, la bendición sacerdotal de Cristo en el momento de la Ascensión revela la continuidad eterna de su ministerio mediador. El Señor asciende con las manos extendidas sobre su pueblo, indicando que su exaltación no implica distancia ni abandono, sino intercesión permanente y comunión perpetua. El Crucificado entra en el santuario celestial como verdadero Sumo Sacerdote, llevando consigo la humanidad redimida y abriendo para la Iglesia el acceso confiado a la presencia del

Padre. **Desde la diestra de Dios, Cristo reina soberanamente sobre todas las cosas, gobierna a su Iglesia con misericordia y conduce la historia hacia la plenitud de su propósito eterno.**

La respuesta apostólica —adoración, gozo y perseverancia litúrgica— manifiesta la forma propia de existencia de la Iglesia. Los discípulos adoran porque reconocen la gloria divina del Hijo exaltado; se llenan de gozo porque comprenden que la presencia de Cristo no ha desaparecido, sino que ha sido universalizada mediante el Espíritu; perseveran en el templo porque descubren que la adoración constituye el centro mismo de la vida eclesial. Así, la Ascensión transforma radicalmente la comprensión cristiana de la comunión con Dios, **la Iglesia vive ya entre la tierra y el cielo, participando anticipadamente de la liturgia eterna del Reino.**

Esta visión encuentra una expresión particularmente profunda en los formularios del Libro de Oración Común, donde doctrina, culto y vida cristiana permanecen inseparablemente unidos. La Iglesia anglicana clásica entiende que el misterio de la Ascensión no pertenece únicamente al ámbito de la memoria histórica, sino que se actualiza continuamente en la proclamación de la Palabra, en la administración de los sacramentos y en la oración común del pueblo de Dios. **La liturgia forma a la Iglesia para vivir orientada hacia el Cristo exaltado, mientras permanece fiel a su misión en medio del mundo.**

La Ascensión enseña además que la esperanza cristiana jamás consiste en evasión de la realidad presente. **El corazón es elevado al cielo precisamente para aprender a vivir la tierra bajo el señorío de Cristo.** La Iglesia es enviada al mundo no para conformarse a sus estructuras pasajeras, sino para dar testimonio del Reino venidero. Desde la gloria celestial, Cristo sostiene la misión de su pueblo y lo llama a vivir en santidad, fidelidad y esperanza hasta el día de su manifestación definitiva.

Por ello, el mensaje final de este pasaje resuena con singular claridad para la Iglesia de todos los tiempos, **si Cristo ha sido exaltado, su pueblo está llamado a vivir elevado en Él.** Elevado en la fe que descansa en las promesas divinas; elevado en la adoración que contempla al Señor glorificado; elevado en el gozo que nace de su presencia permanente; elevado en la esperanza que aguarda la consumación del Reino eterno. La Ascensión dirige la mirada de la Iglesia hacia la gloria futura sin apartarla de su responsabilidad presente, recordándole constantemente que su verdadera ciudadanía está en los cielos, desde donde espera al Señor Jesucristo, Rey, Sacerdote y Salvador eterno.

Estación de la Ascensión

Dominica después de la Ascensión



La Promesa del Consolador

✠ JUAN 15:26-16:4 ✠

26 Pero cuando venga el Consolador,
a quien yo os enviaré del Padre,
el Espíritu de verdad,
que procede del Padre,
él dará testimonio acerca de mí.

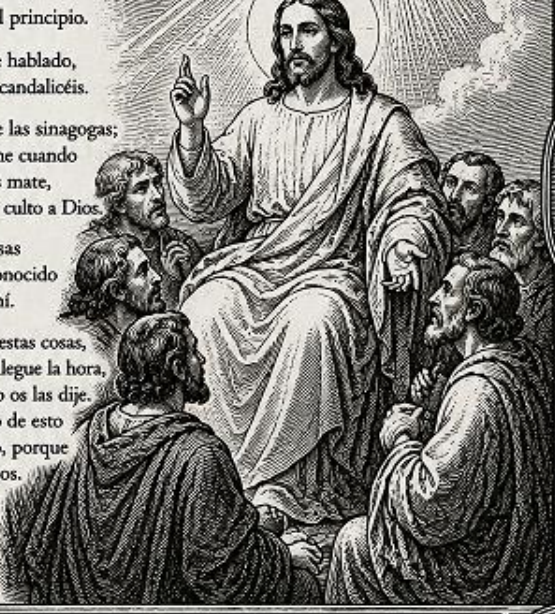
27 Y también vosotros
dareis testimonio,
porque habéis estado
conmigo desde el principio.

16:1 Estas cosas os he hablado,
para que no os escandalicéis.

2 Os expulsarán de las sinagogas;
y aun la hora viene cuando
cualquiera que os mate,
pensará que rinde culto a Dios.

3 Y harán estas cosas
porque no han conocido
ni al Padre ni a mí.

4 Pero os he dicho estas cosas,
para que cuando llegue la hora,
os acordéis que yo os las dije.
No os he hablado de esto
desde el principio, porque
estaba con vosotros.





El Espíritu Santo, el Consolador,
procede del Padre,
y da testimonio de Jesucristo.
En medio de la oposición del mundo,
Él fortalece a la Iglesia para dar testimonio
con fidelidad y en verdad.



"Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros
el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén,
en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra."
(Hechos 1:8)

Juan 15:26–16:4

48

NO OS DEJARÉ DESCONSOLADOS: ESPERANZA, PERSEVERANCIA Y TESTIMONIO MIENTRAS AGUARDAMOS AL CRISTO EXALTADO

DEVOCIÓN PARA LA DOMÍNICA DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN

Oración inicial:

Dios omnipotente y eterno, que has exaltado a tu amado Hijo Jesucristo sobre todo principado y potestad, y has prometido a tu Iglesia el consuelo perpetuo de tu Santo Espíritu, concede a nuestros corazones gracia para perseverar en la esperanza, firmeza en la prueba y fidelidad en el testimonio, para que, viviendo sobriamente en este siglo presente y aguardando la manifestación gloriosa de nuestro Señor, seamos hallados constantes en la oración, fervientes en el amor y abundantes en las obras de misericordia; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

La Colecta del Día:

OH Dios, Rey de la Gloria, que exaltaste con gran triunfo a Jesucristo tu único Hijo a tu reino celestial; Suplicámoste que no nos dejes desconsolados; antes bien auxílianos con tu Santo Espíritu, para que nos consuele, y dirija al mismo lugar adonde nuestro Salvador Cristo nos ha precedido; quien contigo, y el mismo Espíritu Santo, es un solo Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Meditación:

La Domínica después de la Ascensión ocupa un lugar singular dentro del año litúrgico de la Iglesia, pues sitúa al pueblo de Dios en el umbral entre la glorificación visible del Hijo y la manifestación plena del Espíritu Santo en Pentecostés. Este intervalo sagrado no constituye un vacío teológico ni una suspensión de la obra divina, sino un tiempo de espera expectante, de contemplación reverente y de perseverancia orante. La Iglesia peregrina vive litúrgicamente entre la memoria de la Ascensión y la esperanza de la promesa cumplida, aprendiendo a existir por la fe en el Cristo exaltado y no por la visión inmediata. La tensión espiritual propia de esta Domínica revela la condición misma de la vida cristiana en el tiempo presente, **el Señor reina ya en gloria, aunque la plenitud de su Reino aún aguarda consumación.**

La Colecta del día introduce esta realidad proclamando a Dios como "Rey de la Gloria", expresión profundamente arraigada en la teología cultural del Salmo 24. Allí, el salmista contempla al Señor victorioso entrando triunfalmente en su santuario celestial: **"Alzad, oh puertas, vuestras cabezas... y entrará el Rey de gloria"**. La tradición patristica interpretó este salmo cristológicamente, viendo en él la

entrada triunfal del Cristo resucitado en la gloria del Padre. San Atanasio afirma en sus escritos contra los arrianos que las potestades celestiales preguntan “¿Quién es este Rey de gloria?” no por ignorancia, sino para proclamar solemnemente la victoria del Verbo encarnado que retorna glorificado después de vencer al pecado, la muerte y el poder del maligno.

La Ascensión, por tanto, no debe entenderse como una separación espacial en términos solamente físicos, sino como la exaltación mesiánica y sacerdotal del Hijo eterno. Cristo asciende como verdadero Rey y Sumo Sacerdote, cumpliendo las figuras veterotestamentarias que encontraban su consumación en Él. El rito del Día de la Expiación descrito en Levítico 16 prefiguraba esta realidad, **el sumo sacerdote ingresaba al Lugar Santísimo llevando la sangre de la reconciliación en representación del pueblo**. La Epístola a los Hebreos interpreta esta tipología afirmando que Cristo **“penetró dentro del velo”** (Hebreos 6:19) y **“entró por nosotros como precursor”** (Hebreos 6:20). El término προδρομος (*pródromos*), “precursor”, expresa que el Señor glorificado no entra solo en la presencia del Padre, sino como cabeza representativa de la nueva humanidad redimida. La Ascensión garantiza así la consumación futura de la comunión entre Cristo y su Iglesia.

Sin embargo, mientras la Iglesia peregrina en este siglo presente, continúa enfrentando oposición, fragilidad y sufrimiento. Por ello, la Colecta implora con profunda intensidad pastoral, **“No nos dejes desconsolados”**. Esta súplica expresa la conciencia eclesial de que la vida cristiana resulta imposible sin la continua asistencia divina. El lenguaje de la oración se enlaza directamente con la promesa del Evangelio según San Juan, donde Cristo anuncia la venida del Consolador. El vocablo griego παράκλητος (*Paráklētos*) posee una riqueza semántica extraordinaria, **designa al abogado que defiende, al ayudador que sostiene, al consolador que fortalece y al intercesor que acompaña**. El Espíritu Santo aparece así como la tercera persona de la Santísima Trinidad que hace presencia activa y permanente de Dios en medio de su pueblo peregrino.

En Juan 15:26, Cristo declara solemnemente: **“Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad... él dará testimonio acerca de mí”**. La estructura trinitaria del pasaje resulta teológicamente decisiva, **el Padre envía, el Hijo comunica y el Espíritu testifica**. La Ascensión no inaugura la ausencia de Cristo, sino una nueva economía de presencia mediada por el Espíritu Santo. San Agustín desarrolla magistralmente esta verdad en sus *Tractatus in Ioannem*, donde afirma que Cristo **“se apartó de los ojos para habitar en el corazón”**. La presencia visible del Señor se transforma en presencia sacramental, espiritual y universal. El Espíritu no reemplaza a Cristo ni constituye una realidad independiente de Él; hace eficaz la comunión vital entre el Cristo glorificado y su Iglesia.

La tradición anglicana reformada ha preservado cuidadosamente esta comprensión pneumatológica y sacramental. Los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana enseñan que **el Espíritu Santo obra eficazmente mediante la Palabra predicada y los sacramentos administrados conforme a la institución de Cristo**. La Iglesia vive continuamente sostenida por la acción del Espíritu, quien ilumina la mente, fortalece la fe y conduce al pueblo de Dios hacia toda verdad. Por ello, el tiempo entre Ascensión y Pentecostés ha sido históricamente entendido dentro de la tradición anglicana como un período particularmente dedicado a la oración perseverante por el avivamiento espiritual y la renovación de la Iglesia.

La Epístola de 1 Pedro 4:7–11 desarrolla las implicaciones prácticas y espirituales de esta espera escatológica. **“El fin de todas las cosas se acerca”**, esta afirmación apostólica no busca suscitar temor sensacionalista ni ansiedad apocalíptica, sino despertar vigilancia espiritual y fidelidad perseverante. La Ascensión orienta toda la existencia cristiana hacia la consumación futura del Reino. Cristo reina ahora a la diestra del Padre y volverá en gloria para juzgar a vivos y muertos. Esta esperanza escatológica exige una vida marcada por la sobriedad, la oración y el amor ferviente. El imperativo σωφρονήσατε (*sōphronēsate*), traducido como **“sed sobrios”**, implica mucho más que moderación moral. El término describe una **disposición espiritual de lucidez interior, discernimiento santo y dominio de sí bajo la dirección de Dios**. La espera cristiana no es pasividad contemplativa ni evasión de las responsabilidades terrenales; es vigilancia activa fundada en la certeza del señorío presente de Cristo. Tal como las vírgenes prudentes de la parábola evangélica permanecían preparadas para la llegada del esposo, así la Iglesia vive aguardando la manifestación gloriosa de su Señor.

San Pedro vincula inmediatamente esta espera con el ejercicio concreto de la caridad y del servicio mutuo dentro del cuerpo de Cristo. Los dones espirituales son descritos como administración fiel de la gracia divina. El término οἰκονόμοι (*oikonomoi*), **“administradores”**, pertenecía originalmente al ámbito doméstico y describía a quienes gestionaban responsablemente los bienes de otro. La Iglesia no posee la gracia como propiedad privada; la recibe para servir y edificar. Toda vocación cristiana encuentra su legitimidad en el amor sacrificial y en la glorificación de Dios mediante el servicio humilde.

Esta visión coincide profundamente con la enseñanza patrística. San Juan Crisóstomo afirmaba que **“nada asemeja tanto al hombre a Dios como la misericordia”**. La vida cristiana auténtica se manifiesta no solamente en la ortodoxia doctrinal, sino en la práctica concreta del amor, la hospitalidad y la compasión. **La Iglesia espera el retorno de Cristo sirviendo a los demás en el poder del Espíritu Santo**.

El Evangelio introduce además una dimensión inevitable de sufrimiento y testimonio. Cristo advierte que el mundo rechazará a los discípulos porque previamente lo

rechazó a Él. El conflicto entre la verdad del Evangelio y las estructuras caídas del mundo constituye una realidad permanente de la existencia cristiana. Sin embargo, el Señor promete que el Espíritu Santo sostendrá el testimonio apostólico. El verbo μαρτυρήσει (*martyrēsei*), **"dará testimonio"**, posee una profunda resonancia eclesial y martirial. La Iglesia participa en el testimonio mismo del Espíritu acerca del Hijo. **Todo auténtico testimonio cristiano nace de esta cooperación entre la gracia divina y la fidelidad humana.**

Esta vocación encuentra sus raíces en la misión de Israel dentro del Antiguo Testamento. El pueblo del pacto fue llamado a ser **"luz para las naciones" (Isaías 49:6)**, manifestando la santidad y la gloria de Dios en medio de los pueblos. La Iglesia hereda ahora esta misión universal, fortalecida no por recursos humanos ni por poder político, sino por la presencia del Espíritu del Cristo exaltado. Ascensión y Pentecostés constituyen así una unidad inseparable dentro de la economía de la salvación, **el Hijo reina desde la gloria celestial y el Espíritu capacita a la Iglesia para anunciar fielmente el Evangelio hasta los confines de la tierra.**

Por esta razón, la tradición litúrgica anglicana ha contemplado siempre esta Domínica como un tiempo privilegiado de perseverancia orante. Así como los apóstoles permanecieron **"unánimes en oración y ruego" (Hechos 1:14)** aguardando la promesa del Padre, así también la Iglesia es llamada continuamente a vivir en dependencia del Espíritu Santo. La espera cristiana no es estéril inmovilidad, sino preparación reverente para recibir nuevamente la gracia renovadora de Dios. Bajo la sombra de la Ascensión, la Iglesia aprende a elevar el corazón hacia el cielo sin abandonar su misión en la tierra, aguardando el día en que el Cristo glorificado volverá en majestad y toda la creación participará plenamente de la gloria de su Reino eterno.

Finalmente observemos que La Colecta, la Epístola y el Evangelio para la Domínica después de la Ascensión convergen en una misma realidad teológica y espiritual, la Iglesia peregrina vive sostenida entre la exaltación del Cristo glorificado y la promesa consoladora del Espíritu Santo. La Colecta implora que Dios no deje desconsolado a su pueblo después de la Ascensión del Hijo, sino que lo fortalezca mediante el Espíritu para conducirlo hacia la gloria celestial; el Evangelio según San Juan responde directamente a esta súplica mediante la promesa del παράκλητος (*Paráklētos*), el Consolador y Espíritu de verdad que procede del Padre y del Hijo dando testimonio de Cristo; mientras que la Epístola de 1 Pedro muestra cómo debe vivir concretamente la Iglesia bajo esa asistencia divina, en sobriedad espiritual, perseverancia en la oración, fervor en el amor y fidelidad en el servicio mutuo. Así, los tres textos articulan una misma visión escatológica y eclesial, **Cristo reina exaltado a la diestra del Padre, el Espíritu sostiene y guía a la Iglesia en medio de las pruebas del mundo, y el pueblo de Dios es llamado a perseverar en santidad, adoración y testimonio hasta la consumación definitiva del Reino.**

Lectura orante de la Palabra:

1 Pedro 4:7–11

El apóstol Pedro nos conduce a contemplar la vida cristiana desde la perspectiva de la eternidad. **“El fin de todas las cosas se acerca”** no significa desesperanza, sino certeza de que la historia está bajo el gobierno soberano del Cristo ascendido. Por ello, el creyente es llamado a vivir sobriamente, velando en oración. La oración perseverante se convierte en expresión de dependencia del Espíritu y de comunión constante con el Señor exaltado.

El amor ferviente ocupa un lugar central en esta exhortación apostólica. Pedro recuerda que **“el amor cubrirá multitud de pecados”**, evocando Proverbios 10:12 y señalando que la caridad constituye el signo visible de la vida regenerada. La Iglesia espera el retorno de Cristo sirviendo, hospedando y edificando a los demás con los dones recibidos. Cada acto de misericordia se convierte en participación concreta en la gracia divina.

La doxología final orienta toda la vida cristiana hacia la gloria de Dios, **“para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo”**. La existencia del creyente encuentra su propósito supremo en glorificar al Dios trino mediante una vida de santidad, servicio y adoración.

Juan 15:26–16:4

Cristo promete a sus discípulos el Consolador en el contexto inmediato de la persecución. El Espíritu Santo no es dado para evitar la prueba, sino para sostener a la Iglesia en medio de ella. Él es **“el Espíritu de verdad”** que procede del Padre y del Hijo, dando testimonio de su persona y obra redentora. Toda verdadera proclamación cristiana depende de esta obra divina.

El Señor advierte además que el mundo rechazará a quienes le pertenecen. Esta oposición no debe sorprender a la Iglesia, pues **refleja el conflicto permanente entre el Reino de Dios y las tinieblas del pecado**. Sin embargo, los discípulos no quedan abandonados. El mismo Espíritu que fortaleció a los apóstoles sostiene ahora a la Iglesia en cada generación.

En este pasaje resplandece la profunda esperanza de la Ascensión, **Cristo reina desde la gloria y continúa guiando a su pueblo mediante el Espíritu Santo**. La Iglesia no camina sola; peregrina acompañada por el Consolador hasta el día en que la fe sea transformada en visión.

Preguntas para reflexionar:

1. **Derivada de la Colecta:**

¿Vivo verdaderamente confiado en que Cristo exaltado no ha dejado desamparada a su Iglesia, sino que continúa guiándola mediante el Espíritu Santo?

2. **Derivada de la Epístola:**

¿Reflejan mi vida y mis dones espirituales una administración fiel de la gracia de Dios al servicio de los demás?

3. **Derivada del Evangelio:**

¿Permanezco firme en el testimonio de Cristo aun cuando ello implique oposición o incompreensión?

Aplicaciones prácticas:

1. **Desde la Colecta:**

Cultivar diariamente una vida de oración dependiente del Espíritu Santo, reconociendo que toda fortaleza espiritual proviene del Cristo exaltado.

2. **Desde la Epístola:**

Ejercer activamente los dones recibidos mediante obras concretas de hospitalidad, servicio y edificación de la comunidad cristiana.

3. **Desde el Evangelio:**

Dar testimonio fiel del Evangelio con humildad y valentía, confiando en la obra consoladora y fortalecedora del Espíritu Santo.

Oración final:

Oh Señor Jesucristo, Rey exaltado y eterno Sumo Sacerdote, que ascendiste gloriosamente a la diestra del Padre y no dejaste huérfana a tu Iglesia, derrama sobre nosotros la gracia de tu Santo Espíritu, para que seamos fortalecidos en la prueba, constantes en la oración y fieles en el testimonio de tu verdad. Haz que nuestros corazones no se apeguen desordenadamente a las cosas pasajeras de este mundo, sino que sean elevados hacia el cielo donde tú reinas en gloria. Concede a tu Iglesia perseverar en el amor ferviente, en la adoración reverente y en la esperanza bienaventurada de tu retorno. Que, sostenidos por el Consolador prometido, vivamos sobria, santa y piadosamente en medio de este siglo, aguardando el día en que contemplaremos cara a cara al Rey de la Gloria que nos precedió al santuario celestial. A Ti, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor, dominio y alabanza, ahora y por siempre.

Amén.

EL ESPÍRITU DE VERDAD DARÁ TESTIMONIO DE MÍ

SERMÓN PARA LA DOMÍNICA DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN

“²⁶ Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. ²⁷ Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio. ¹ Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. ² Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. ³ Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. ⁴ Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.” (Juan 15:26–16:4)

“El Espíritu Santo procede del Padre, pero es enviado por el Hijo; y al dar testimonio del Hijo, manifiesta la unidad indivisible de la Trinidad”. (San Agustín de Hipona, Tratado en Juan 99.6)

“La persecución no destruye a la Iglesia; la hace resplandecer más claramente, porque el Espíritu fortalece a quienes confiesan a Cristo.” (San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el Evangelio de Juan*, Homilía 77)

“Cristo ascendió visiblemente para que el Espíritu descendiera invisiblemente al corazón de los creyentes”. (San León Magno, *Sermón 74 sobre la Ascensión*)

Introducción:

El pasaje de Juan 15:26–16:4 pertenece al solemne discurso de despedida pronunciado por nuestro Señor Jesucristo en la víspera de su Pasión. Estas palabras son pronunciadas en el umbral del sacrificio redentor y poseen, por tanto, el carácter de un legado espiritual dirigido a la Iglesia peregrina. Dentro del ciclo litúrgico de la Estación de la Ascensión, este texto adquiere una profundidad particularmente significativa, pues **orienta la mirada del pueblo de Dios hacia la realidad de la vida eclesial después de la glorificación del Hijo**. Cristo asciende al Padre, pero su partida visible no implica abandono ni ausencia; inaugura una nueva economía de comunión en la que el Espíritu Santo hace eficaz y permanente la presencia del Señor exaltado en medio de su Iglesia.

La Dominica después de la Ascensión sitúa litúrgicamente a la Iglesia en un tiempo de espera expectante y oración perseverante, entre la exaltación del Cristo glorificado y la manifestación plena del Espíritu en Pentecostés. Esta tensión sagrada constituye uno de los rasgos esenciales de la existencia cristiana en el tiempo presente. La Iglesia vive sostenida por la certeza de que el Señor reina ya a la diestra del Padre y, al mismo tiempo, aguarda la consumación definitiva de su Reino. Por

ello, las palabras de Cristo en este Evangelio poseen un profundo carácter pastoral, **preparan espiritualmente a los discípulos para vivir en fidelidad, testimonio y perseverancia en medio de un mundo marcado por oposición y hostilidad hacia la verdad divina.**

El centro teológico del pasaje se encuentra en la promesa del παράκλητος (*Paráklētos*), el Consolador o Abogado celestial, a quien Cristo enviará del Padre. Este término posee una extraordinaria riqueza doctrinal, pues describe al Espíritu Santo como aquel que sostiene, fortalece, consuela e intercede por el pueblo de Dios. El Espíritu no aparece aquí como una fuerza impersonal ni como una influencia abstracta, sino como la tercera Persona de la Santísima Trinidad, enviada para glorificar al Hijo y conducir a la Iglesia hacia toda verdad. La promesa del Consolador revela así la continuidad inseparable entre la Ascensión y Pentecostés, **el Cristo exaltado continúa gobernando y santificando a su pueblo mediante la obra vivificante del Espíritu Santo.**

El texto posee además una estructura profundamente trinitaria que manifiesta la unidad indivisible de la obra divina en la redención. **El Padre es presentado como la fuente eterna del Espíritu; el Hijo glorificado como aquel que lo envía a la Iglesia; y el Espíritu como quien da testimonio del Hijo y capacita a los creyentes para participar de ese mismo testimonio.** Esta revelación se encuentra en plena consonancia con la fe católica e histórica preservada por la tradición anglicana clásica y confesada en los formularios del Libro de Oración Común, donde la Iglesia adora al Dios Trino como fuente de toda gracia, verdad y salvación.

Sin embargo, el ministerio del Espíritu Santo no se limita al consuelo interior de los creyentes. Cristo declara que el Espíritu **"dará testimonio"** acerca de Él, y añade inmediatamente, **"Y vosotros daréis testimonio también"**. La obra del Espíritu produce necesariamente una Iglesia testimonial. El verbo griego μαρτυρεῖν (*martyreîn*), **"dar testimonio"**, anticipa la vocación apostólica y martirial de la Iglesia. Desde sus orígenes, el pueblo de Dios ha sido llamado a confesar la verdad divina en medio de las naciones. En el Antiguo Testamento, Israel fue constituido como **"luz para las naciones"** (Isaías 49:6); en el Nuevo Testamento, esta misión alcanza su plenitud en la Iglesia del Cristo ascendido, fortalecida por el Espíritu para proclamar el Evangelio hasta los confines de la tierra.

El Señor advierte igualmente que este testimonio estará acompañado de oposición y sufrimiento. La Iglesia será perseguida precisamente porque el mundo, endurecido por el pecado, no conoce verdaderamente al Padre ni al Hijo. Cristo no oculta las dificultades del discipulado; por el contrario, prepara a sus discípulos para perseverar sin escandalizarse cuando llegue la hora de la prueba. El verbo σκανδαλισθῆτε (*skandalisthēte*), traducido como **"tener tropiezo"**, expresa la posibilidad de caer o apartarse a causa de la persecución. La exhortación del Señor posee, por tanto,

una finalidad profundamente pastoral, **fortalecer la fe de la Iglesia antes de la tribulación.**

Esta enseñanza encuentra profundas resonancias en toda la economía veterotestamentaria. Los profetas fueron rechazados por anunciar la verdad de Dios; Jeremías sufrió persecución, Isaías habló a un pueblo endurecido y Elías enfrentó la hostilidad de un reino idólatra. Cristo se presenta como el cumplimiento definitivo de este patrón profético, y la Iglesia participa ahora de esa misma vocación testimonial. Sin embargo, el sufrimiento cristiano nunca aparece desligado de la esperanza. **La Ascensión garantiza que el Crucificado es también el Señor glorificado que reina soberanamente sobre la historia y sostiene a su pueblo desde la diestra del Padre.**

La tradición patristica contempló este pasaje como una de las expresiones más sublimes de la comunión entre Cristo, el Espíritu Santo y la Iglesia. Agustín de Hipona enseña que el Espíritu da testimonio del Hijo porque procede eternamente del Padre y es enviado temporalmente por el Cristo glorificado para habitar en el corazón de los creyentes. Juan Crisóstomo interpreta la persecución de la Iglesia no como signo de derrota, sino como manifestación de la fortaleza divina que resplandece en medio de la debilidad humana. Asimismo, León Magno afirma que Cristo ascendió visiblemente para hacer posible una presencia más profunda y universal mediante el Espíritu Santo.

Dentro de la teología anglicana clásica, particularmente expresada en el Libro de Oración Común y en los Treinta y Nueve Artículos de Religión, este Evangelio recuerda a la Iglesia que toda fidelidad cristiana depende enteramente de la gracia divina. La perseverancia en la verdad, la eficacia del ministerio y la valentía del testimonio no proceden de capacidades humanas, sino de la obra santificadora del Espíritu Santo. **La Iglesia permanece firme no por su propia fortaleza, sino porque el Cristo ascendido continúa sosteniéndola mediante el Consolador prometido.**

Así, Juan 15:26–16:4 presenta una visión profundamente consoladora y solemnemente realista de la vida cristiana en la era de la Ascensión. La Iglesia es llamada a vivir entre la gloria del Cristo exaltado y las tribulaciones del mundo presente; entre la consolación del Espíritu y el peso del testimonio; entre la esperanza del Reino futuro y la misión presente. Bajo la guía del Espíritu de verdad, el pueblo de Dios persevera en adoración, santidad y fidelidad, aguardando el día en que el Señor que ascendió en gloria volverá nuevamente para consumir eternamente su Reino.

1. El Consolador prometido: la presencia continua del Cristo exaltado.

²⁶ Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (**Juan 15:26**).

La primera gran afirmación teológica de este pasaje reside en la promesa del Consolador como garantía de la presencia permanente y operante del Cristo exaltado en medio de su Iglesia. Nuestro Señor pronuncia estas palabras en el umbral de su Pasión y de su retorno al Padre; sin embargo, lejos de preparar a los discípulos para una ausencia definitiva, los introduce en una comprensión más profunda de la comunión divina. La Ascensión no inaugura abandono, sino una nueva economía de presencia mediada por el Espíritu Santo. El Señor glorificado continúa actuando eficazmente en su pueblo mediante la obra vivificante del Paráclito.

El término griego παράκλητος (*Paráklētos*) constituye uno de los vocablos pneumatológicos más significativos del Evangelio según San Juan. Derivado del verbo παρακαλέω (*parakalēō*), “llamar al lado”, describe a quien es convocado para **asistir, defender, consolar y fortalecer**. Por ello, puede traducirse legítimamente como **“Consolador”, “Abogado”, “Intercesor” o “Ayudador”**. En el contexto jurídico del mundo helenístico, **el παράκλητος designaba a quien comparecía junto a otro para defenderlo en juicio**. San Juan emplea esta imagen para revelar que el Espíritu Santo acompaña a la Iglesia peregrina en medio de la oposición del mundo, sosteniéndola en fidelidad y verdad.

La profundidad de esta promesa se acentúa al observar que el mismo término es aplicado a Cristo en 1 Juan 2:1: **“abogado tenemos para con el Padre”**. El Espíritu Santo, por tanto, no sustituye al Señor, sino que prolonga sacramentalmente y espiritualmente la presencia del Cristo glorificado entre los creyentes. San Agustín de Hipona explica en sus *Tractatus in Ioannem* que el Espíritu no es enviado para inaugurar una obra distinta de la del Hijo, sino para hacer presente en el corazón de los fieles la vida misma del Cristo ascendido. La Iglesia vive así bajo la continua comunión trinitaria: **el Padre sostiene, el Hijo redime y el Espíritu santifica**.

La declaración de Cristo manifiesta asimismo una notable profundidad trinitaria: **“a quien yo os enviaré del Padre”**. El texto articula simultáneamente la misión temporal del Espíritu y su relación eterna con el Padre y el Hijo. El verbo πέμψω (*pémpsō*), **“enviaré”**, subraya la autoridad mesiánica del Cristo glorificado. El Espíritu es enviado por el Hijo exaltado como fruto de la obra redentora consumada. Esta enseñanza se encuentra estrechamente vinculada con la Ascensión, **Cristo reina ya a la diestra del Padre y desde allí derrama el Espíritu sobre su Iglesia, como proclama San Pedro en Hechos 2:33**.

La cláusula **“el cual procede del Padre”** traduce el verbo ἐκπορεύεται (*ekporeúetai*), término de profunda relevancia doctrinal dentro de la tradición patristica. El verbo expresa origen y procedencia personal. En el contexto joánico,

señala la relación eterna del Espíritu con el Padre en la vida intratrinitaria. Los Padres de la Iglesia reconocieron en este pasaje uno de los fundamentos escriturísticos de la doctrina clásica de la Trinidad. El Espíritu Santo no es criatura ni fuerza impersonal; participa plenamente de la naturaleza divina y posee comunión eterna con el Padre y el Hijo.

La tradición anglicana clásica, preservada en el Libro de Oración Común y en los Treinta y Nueve Artículos, mantiene esta comprensión católica e histórica de la Trinidad, confesando al Espíritu Santo como **"verdadero y eterno Dios"**. La liturgia anglicana no reduce la obra del Espíritu a una experiencia simplemente subjetiva, sino que lo reconoce como la Persona divina que opera objetivamente mediante la Palabra predicada, los sacramentos y la vida de la Iglesia para comunicar la gracia de Cristo.

El Espíritu es denominado además **"el Espíritu de verdad"** —τὸ πνεῦμα τῆς ἀληθείας (*to pneuma tēs alētheías*, pronunciado *to PNEU-ma tes a-le-THEI-as*)— porque su ministerio consiste en revelar, preservar y comunicar la verdad divina manifestada plenamente en Jesucristo. En el Evangelio según San Juan, la verdad no aparece como una abstracción intelectual, sino como realidad personal revelada en el Hijo eterno: **"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida"** (Juan 14:6). El Espíritu conduce a la Iglesia hacia esa verdad redentora y la preserva del error y de la apostasía.

Esta función del Espíritu posee profundas raíces veterotestamentarias. El Espíritu de Dios descendía sobre profetas, jueces y reyes para capacitarlos en el cumplimiento de su vocación divina. Moisés habló por el Espíritu; David gobernó bajo su unción; Isaías profetizó movido por inspiración divina. Sin embargo, los profetas anunciaron un derramamiento futuro y universal del Espíritu en los días mesiánicos. Joel 2:28–29 proclama: **"Derramaré mi Espíritu sobre toda carne"**, mientras Isaías 44:3 declara: **"Derramaré mi Espíritu sobre tu generación"**. Estas promesas alcanzan su cumplimiento definitivo en Pentecostés, inseparablemente unido a la Ascensión del Señor. **El Cristo glorificado derrama desde el cielo el Espíritu prometido sobre su Iglesia.**

La expresión **"él dará testimonio acerca de mí"** introduce igualmente la dimensión misional y cristológica del ministerio del Espíritu Santo. El verbo μαρτυρήσει (*martyrēsei*), **"dará testimonio"**, revela que toda la obra del Espíritu se orienta hacia la glorificación del Hijo. El Espíritu no dirige la atención hacia sí mismo, sino hacia Cristo crucificado, resucitado y exaltado. La auténtica obra pneumatológica produce siempre una Iglesia centrada en Jesucristo, fiel a la Escritura y perseverante en el Evangelio apostólico.

Esta dimensión testimonial posee profundas resonancias en el Antiguo Testamento. Israel fue llamado a ser **"testigo"** de Dios entre las naciones (Isaías 43:10),

manifestando su santidad y fidelidad. No obstante, esta vocación alcanza ahora su plenitud escatológica en la Iglesia, fortalecida por el Espíritu para proclamar el Evangelio hasta los confines de la tierra. La promesa del Consolador no constituye únicamente un consuelo interior para los creyentes; representa el fundamento mismo de la misión eclesial en el tiempo comprendido entre la Ascensión y el retorno glorioso de Cristo.

Dentro de la Estación de la Ascensión, este pasaje adquiere una particular profundidad litúrgica y pastoral. La Iglesia peregrina vive sostenida por la presencia invisible pero real del Espíritu Santo. Aunque Cristo ha sido exaltado corporalmente a la diestra del Padre, continúa gobernando, santificando y consolando a su pueblo mediante el Paráclito prometido. La Ascensión no disminuye la cercanía de Cristo con su Iglesia; **la universaliza y la hace espiritualmente accesible a todos los creyentes mediante la obra continua del Espíritu de verdad.**

Pregunta escudriñadora:

¿Vivo verdaderamente consciente de que el Cristo exaltado continúa presente y activo en su Iglesia mediante el Espíritu Santo?

Aplicación práctica:

Cultivar diariamente una espiritualidad profundamente dependiente del Espíritu Santo mediante la oración perseverante, la meditación reverente de la Sagrada Escritura y la participación fiel en la liturgia y los sacramentos, reconociendo en ellos los medios ordinarios por los cuales el Cristo ascendido continúa comunicando su gracia a su pueblo.

2. El testimonio apostólico y la misión de la Iglesia. “²⁷ Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio” (**Juan 15:27**).

Después de anunciar la venida y el ministerio del Consolador, nuestro Señor dirige la atención hacia la vocación propia e ineludible de los discípulos, **participar activa y públicamente en el testimonio acerca de Cristo.** La obra del Espíritu Santo no conduce a una religiosidad confinada a la interioridad privada ni a una experiencia espiritual desvinculada de la misión visible de la Iglesia; por el contrario, impulsa al pueblo de Dios hacia la proclamación fiel del Evangelio en medio del mundo. La Iglesia nace del testimonio apostólico, es preservada por ese mismo testimonio y existe para prolongarlo a lo largo de la historia. **Allí donde el Espíritu obra verdaderamente, surge necesariamente una comunidad confesante,** llamada a anunciar con fidelidad la verdad revelada en Jesucristo crucificado, resucitado y exaltado.

El verbo griego μαρτυρεῖτε (*martyreíte*), traducido como **"daréis testimonio"**, procede de la raíz μαρτυς (*mártys*), **"testigo"**, término del cual derivará posteriormente la palabra **"mártir"**. En el contexto bíblico y jurídico del mundo antiguo, el testigo era aquel que declaraba solemnemente aquello que había visto, oído y conocido de manera directa. El testimonio cristiano, por tanto, no consiste en la simple transmisión de ideas religiosas ni en la sola repetición de formulaciones doctrinales abstractas; implica dar fe de la realidad viva del Señor resucitado. El verdadero testigo proclama aquello que ha recibido mediante la revelación divina y confirmado en la experiencia de comunión con Cristo. Por ello, el testimonio cristiano posee una dimensión simultáneamente existencial, eclesial y sacrificial, **involucra no solo las palabras pronunciadas, sino la totalidad de la vida rendida al señorío de Jesucristo.**

En el Evangelio según San Juan, el lenguaje del testimonio ocupa un lugar estructural dentro de la revelación cristológica. Juan el Bautista vino **"para que diese testimonio de la luz" (Juan 1:7); las obras del Señor dan testimonio de su identidad mesiánica (Juan 5:36); el Padre mismo da testimonio del Hijo (Juan 8:18); y las Escrituras anuncian proféticamente la plenitud de su obra redentora (Juan 5:39).** Ahora, en el contexto solemne del discurso de despedida, Cristo incorpora a sus discípulos dentro de esta economía testimonial. El Espíritu Santo dará testimonio acerca del Hijo, y la Iglesia participará de ese mismo testimonio mediante la proclamación apostólica. De este modo, el anuncio del Evangelio no constituye simplemente una actividad eclesial, sino la continuación histórica del testimonio divino acerca de Cristo en el poder del Espíritu Santo.

La relación entre el Espíritu y el testimonio eclesial resulta fundamental para comprender la naturaleza de la misión cristiana. El Espíritu Santo no actúa únicamente como consolador interior de los creyentes; los capacita para proclamar a Cristo con fidelidad, valentía y perseverancia en medio de un mundo hostil al Evangelio. **La misión de la Iglesia no surge de estrategias humanas, habilidad organizativa ni entusiasmo religioso; nace de la operación soberana del Espíritu de Dios en el corazón de su pueblo.** El testimonio apostólico constituye así una manifestación visible de la obra invisible del Paráclito. **Allí donde el Espíritu es derramado, la Iglesia es impulsada inevitablemente hacia la confesión pública de Jesucristo.**

El libro de los Hechos desarrolla ampliamente esta realidad teológica. Antes de su Ascensión, el Señor declara: **"recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos"** (Hechos 1:8). El verbo δύναμις (*dýnamis*), "poder", indica capacidad otorgada divinamente para cumplir una misión que excede las fuerzas humanas. Pentecostés y misión aparecen así inseparablemente unidos. **El Espíritu es dado para capacitar a la Iglesia en la proclamación universal del Evangelio.** La Ascensión, por tanto, no conduce a una espiritualidad pasiva o puramente contemplativa; inaugura la expansión

misional del Reino de Dios bajo la autoridad del Cristo exaltado que reina desde el cielo.

La expresión **"porque habéis estado conmigo desde el principio"** posee igualmente una profunda importancia apostólica y eclesiológica. El término ἀπ' ἀρχῆς (*ap' archēs*), **"desde el principio"**, subraya la continuidad histórica y experiencial de los discípulos con el ministerio terrenal del Señor. Los apóstoles no proclaman especulaciones filosóficas ni construcciones religiosas elaboradas por reflexión humana; anuncian aquello que contemplaron directamente en la persona y obra de Jesucristo. **Han sido testigos de sus palabras, de sus milagros, de su obediencia perfecta, de su muerte expiatoria y de su resurrección gloriosa.** El testimonio apostólico posee, por tanto, un carácter histórico y revelacional irrevocable.

Esta dimensión ocular y apostólica aparece reiteradamente en el Nuevo Testamento. San Juan escribirá posteriormente: **"lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida" (1 Juan 1:1)**. Del mismo modo, San Pedro afirmará que los apóstoles no siguieron **"fábulas artificiosas"**, sino que fueron **"testigos oculares de su majestad"** (2 Pedro 1:16). El cristianismo apostólico se fundamenta en acontecimientos históricos interpretados a la luz de la revelación divina. Por ello, la Iglesia se edifica sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular (Efesios 2:20).

La tradición anglicana clásica ha preservado con especial cuidado esta dimensión apostólica de la Iglesia. Nuestros formularios litúrgicos y doctrinales afirman que la Iglesia verdadera permanece fundada sobre **la doctrina apostólica contenida en las Sagradas Escrituras y proclamada fielmente mediante la predicación y los sacramentos**. La autoridad eclesial no procede de autonomía institucional ni de innovación doctrinal, sino de su fidelidad al Evangelio apostólico transmitido por Cristo y confirmado por el Espíritu Santo. **La sucesión apostólica, en su sentido más profundo, consiste ante todo en la perseverancia fiel en la verdad revelada.**

El trasfondo veterotestamentario de esta enseñanza resulta igualmente significativo. En Isaías 43:10, el Señor declara a Israel: **"Vosotros sois mis testigos"**. El pueblo del pacto había sido llamado a manifestar entre las naciones la gloria, santidad y fidelidad del Dios verdadero. Sin embargo, Israel frecuentemente fracasó en esta vocación debido a su idolatría y endurecimiento espiritual. En la Nueva Alianza, esta misión alcanza su plenitud escatológica en la Iglesia de Cristo, constituida ahora como pueblo testimonial universal bajo la unción del Espíritu Santo. **La Iglesia aparece así como el Israel renovado y extendido a todas las naciones mediante la obra redentora del Mesías.**

Asimismo, la figura del **"testigo fiel"** encuentra su cumplimiento definitivo en Jesucristo mismo. El Apocalipsis lo denomina **"el testigo fiel"** (Apocalipsis 1:5), porque en Él la verdad divina ha sido manifestada perfectamente. La Iglesia participa ahora de ese testimonio mesiánico proclamando al mundo el Evangelio del Reino. La misión cristiana no consiste simplemente en difundir principios éticos o valores espirituales; **consiste en anunciar a Jesucristo como Señor soberano sobre todas las cosas, único mediador entre Dios y los hombres y única esperanza de redención para el mundo caído.**

La Ascensión confiere a esta misión una dimensión universal y cósmica. Cristo ha sido exaltado a la diestra del Padre y ha recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por ello, el mandato misionero trasciende los límites étnicos, culturales y geográficos de Israel y se extiende hasta los confines de la tierra. La proclamación del Evangelio participa del reinado mismo del Cristo glorificado. **Cada acto auténtico de evangelización constituye una manifestación histórica de la soberanía del Señor ascendido, quien continúa llamando a las naciones al arrepentimiento y a la fe mediante la predicación de su Iglesia.**

Esta misión, sin embargo, se desarrolla en medio de oposición, sufrimiento y conflicto espiritual. El testimonio apostólico confronta inevitablemente las estructuras de incredulidad, pecado y rebelión presentes en el mundo caído. Precisamente por ello la Iglesia necesita continuamente la fortaleza del Espíritu Santo. El testimonio cristiano no puede sostenerse mediante recursos humanos, persuasión puramente intelectual o poder institucional; **requiere la gracia perseverante de Dios obrando en la fragilidad de sus siervos. La historia de la Iglesia confirma constantemente que el Evangelio avanza no por fuerza humana, sino por el poder soberano del Espíritu de Dios.**

Dentro del marco litúrgico de la Estación de la Ascensión, este pasaje recuerda solemnemente a la Iglesia que el Cristo exaltado continúa gobernando y sosteniendo su misión desde el cielo. El Señor que ascendió es el mismo que envía, fortalece y preserva a su pueblo para el testimonio fiel. **La Iglesia vive entre la Ascensión y la consumación final como comunidad apostólica, peregrina y testimonial, llamada a proclamar el Evangelio con fidelidad bajo la guía permanente del Espíritu de verdad.**

Pregunta escudriñadora:

¿Mi vida refleja un testimonio fiel, visible y perseverante de Jesucristo ante el mundo?

Aplicación práctica:

Dar testimonio de Cristo con fidelidad en el hogar, la Iglesia y la sociedad, reconociendo que toda misión auténticamente cristiana depende enteramente de la obra del Espíritu Santo y de la fidelidad reverente al Evangelio apostólico revelado en las Sagradas Escrituras.

3. La perseverancia de la Iglesia en medio de la oposición. ¹ Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. ² Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. ³ Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. ⁴ Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho”. **(Juan 16:1–4)**

Después de anunciar la promesa del Consolador y de establecer la vocación testimonial de la Iglesia, nuestro Señor introduce una enseñanza de profunda densidad pastoral y escatológica, **el testimonio fiel del Evangelio estará inseparablemente unido a la oposición, al rechazo y al sufrimiento.** Cristo no convoca a sus discípulos mediante promesas de seguridad terrenal ni mediante expectativas triunfalistas; por el contrario, los prepara espiritualmente para permanecer firmes cuando sobrevenga la hora de la prueba. La Iglesia peregrina existe en medio de la tensión entre el Reino de Dios inaugurado en la exaltación del Hijo y la persistente resistencia del mundo caído contra la verdad divina. La perseverancia, por tanto, no constituye un elemento accesorio de la vida cristiana, sino una manifestación necesaria de la fe auténtica sostenida por la gracia preservadora de Dios.

La expresión **“para que no tengáis tropiezo”** traduce el verbo griego σκανδαλισθήτε (*skandalisthēte*), derivado de σκανδαλίζω (*skandalízō*), término asociado con la idea de **caer en una trampa, ser inducido al abandono o apartarse del camino verdadero.** En el contexto bíblico, el **“escándalo”** no designa simplemente una ofensa emocional, sino el peligro espiritual de desertar de la fe a causa de la persecución o de la aflicción. Cristo advierte anticipadamente a sus discípulos para fortalecerlos antes de la tribulación. La prevención pastoral forma parte de la misericordia del Señor, **la Iglesia es preparada doctrinal y espiritualmente para soportar aquello que inevitablemente enfrentará en el curso de su peregrinación histórica.**

Esta advertencia se encuentra en continuidad con una enseñanza constante del ministerio terrenal de Cristo. En la parábola del sembrador, el Señor declara que algunos reciben la Palabra con entusiasmo momentáneo, pero **“venida la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan”** (Mateo 13:21). La perseverancia constituye así la evidencia visible de la autenticidad de la fe. El verdadero discípulo no permanece únicamente mientras las circunstancias son favorables; persevera porque ha sido sostenido interiormente por la obra constante de Dios. La fidelidad cristiana no descansa en la estabilidad emocional ni en la

fortaleza humana, sino en la gracia preservadora del Señor que guarda a su pueblo en medio de la prueba.

El Señor añade, además: **“Os expulsarán de las sinagogas”**. Esta declaración posee una extraordinaria importancia histórica, religiosa y eclesiológica. La expulsión de la sinagoga implicaba no solo exclusión cultural, sino también marginación social, ruptura comunitaria y condena pública. El término ἀποσυναγωγους (*apосynagōgous*), **“expulsados de las sinagogas”**, describe la exclusión oficial de aquellos que confesaban a Jesús como Mesías dentro del judaísmo del primer siglo. El Evangelio según San Juan refleja repetidamente este conflicto entre la comunidad cristiana naciente y las autoridades religiosas que rechazaban a Cristo. Sin embargo, la advertencia del Señor trasciende el contexto histórico inmediato y revela una realidad permanente, **el mundo caído frecuentemente rechaza la verdad precisamente cuando esta confronta sus estructuras de incredulidad y autosuficiencia espiritual**.

Cristo identifica la raíz última de esta oposición cuando declara: **“harán esto porque no conocen al Padre ni a mí”**. El verbo γινώσκουσιν (*ginōskousin*), “conocer”, posee en la teología joánica un sentido profundamente relacional y espiritual. No describe una comprensión intelectual abstracta, sino una comunión viva con Dios. El rechazo de Cristo evidencia, por consiguiente, una ruptura radical con el verdadero conocimiento del Padre. **La oposición al Evangelio no nace simplemente de desacuerdos culturales o ideológicos; brota de la ceguera espiritual del corazón humano apartado de Dios**. En el pensamiento joánico, no es posible afirmar una verdadera relación con el Padre mientras se rechaza al Hijo enviado.

La advertencia alcanza una intensidad aún más solemne cuando Cristo afirma que llegará la hora en que algunos perseguidores pensarán que **“rinden servicio a Dios”** al matar a los discípulos. La expresión λατρείαν προσφέρειν (*latreíān prosphérein*), **“ofrecer culto” o “rendir servicio”**, pertenece al lenguaje sacrificial y litúrgico del Antiguo Testamento. **El Señor revela así la tragedia de un celo religioso separado de la verdad divina**. La religión desprovista del conocimiento verdadero de Dios puede convertirse en instrumento de persecución y violencia. Esta realidad aparece ya anticipada en la historia bíblica, **Caín asesina a Abel mientras pretende permanecer delante de Dios; los falsos profetas persiguen a Jeremías en nombre de la religión nacional; y, finalmente, las autoridades judías condenan a Cristo creyendo defender la pureza de la fe de Israel**.

El Antiguo Testamento anticipa constantemente este conflicto entre la fidelidad al Señor y la resistencia del mundo rebelde. Moisés fue rechazado por el mismo pueblo que había sido liberado mediante su ministerio; Elías enfrentó la hostilidad de Acab y Jezabel; Micaías fue encarcelado por anunciar la verdad; Jeremías sufrió humillación y persecución por proclamar el juicio divino; e Isaías habló a una nación

endurecida que **“viendo no veía y oyendo no entendía”**. El sufrimiento del justo atraviesa toda la historia de la redención y encuentra su consumación definitiva en Jesucristo, el Profeta perfecto rechazado por aquellos a quienes vino a salvar. **La Iglesia participa ahora de ese mismo patrón profético y mesiánico al dar testimonio del Evangelio en medio de un mundo que continúa resistiendo la luz divina.**

El Salmo 2 interpreta teológicamente esta oposición universal al Reino de Dios, **“Se levantarán los reyes de la tierra... contra Jehová y contra su Ungido”**. La rebelión contra Cristo no constituye un accidente de la historia, sino la manifestación visible de la resistencia humana frente al gobierno divino. Sin embargo, el mismo salmo proclama también la victoria absoluta del Mesías entronizado, **“Yo he puesto mi Rey sobre Sion, mi santo monte”**. La Ascensión de Cristo confirma precisamente esta entronización celestial anunciada proféticamente. Por ello, la Iglesia persevera no desde la incertidumbre, sino desde la certeza de que el Señor exaltado reina soberanamente sobre todas las potestades visibles e invisibles.

El Nuevo Testamento desarrolla ampliamente esta teología de la perseverancia. San Pablo enseña que **“es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22)**, mientras San Pedro exhorta a no sorprenderse **“del fuego de prueba”** que sobreviene sobre los creyentes (1 Pedro 4:12). La tribulación no constituye evidencia del abandono divino, sino participación en los padecimientos de Cristo y preparación para la gloria futura. Del mismo modo, el Apocalipsis presenta a la Iglesia perseverante como aquella que **“ha vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio”**. El sufrimiento cristiano adquiere así un carácter escatológico, **la Iglesia soporta el conflicto presente sostenida por la esperanza cierta del Reino consumado.**

La declaración **“os he dicho estas cosas”** revela igualmente la ternura pastoral del Señor hacia sus discípulos. Cristo advierte acerca de la persecución no para infundir temor, sino para fortalecer la fe antes de la prueba. La memoria de la palabra de Cristo servirá como ancla espiritual cuando llegue la tribulación. El creyente persevera porque recuerda que el sufrimiento no escapa al gobierno soberano del Señor. El Espíritu Santo traerá continuamente a la memoria las palabras de Cristo y fortalecerá interiormente a los fieles para que no desfallezcan en medio de la oposición.

La tradición patrística contempló este pasaje como fundamento de una auténtica teología del martirio y de la fidelidad perseverante. San Cipriano de Cartago enseñaba que el sufrimiento padecido por causa de Cristo no constituye derrota, sino participación en la victoria del Señor glorificado. San Ignacio de Antioquía veía en el martirio la conformidad suprema con Cristo crucificado y resucitado. Para los Padres de la Iglesia, **la sangre de los mártires era semilla de la Iglesia** porque

manifestaba visiblemente la supremacía absoluta de Cristo sobre la vida y sobre la muerte. **El mártir aparecía como testigo escatológico del Reino venidero.**

La tradición anglicana clásica ha preservado igualmente esta comprensión bíblica de la perseverancia cristiana. Nuestro cuerpo litúrgico expresado en el Libro de Oración Común presenta constantemente a la Iglesia como pueblo peregrino que atraviesa tribulación antes de entrar en la gloria eterna. Las colectas y oraciones por la perseverancia de los fieles, por la Iglesia perseguida y por la fortaleza espiritual reflejan esta conciencia profundamente apostólica, **la vida cristiana se desarrolla bajo el signo de la cruz mientras aguardamos la manifestación plena del Reino de Cristo.** La fidelidad doctrinal, la perseverancia sacramental y la constancia en la oración constituyen medios ordinarios por los cuales Dios sostiene a su pueblo en medio de la adversidad.

Dentro del marco litúrgico de la Estación de la Ascensión, esta enseñanza adquiere una profundidad particularmente consoladora. **La Iglesia sufre, pero sufre bajo el gobierno del Cristo exaltado.** El sufrimiento presente no niega el señorío de Cristo; manifiesta la tensión entre el Reino ya inaugurado y el mundo que aún resiste la plenitud de la redención. La Ascensión proclama que la historia no se encuentra sometida al caos ni a las potestades de las tinieblas, sino al reinado soberano del Hijo entronizado a la diestra del Padre. Desde allí Cristo sostiene, fortalece y preserva a su Iglesia mientras aguarda la consumación final de todas las cosas.

Así, la perseverancia cristiana no nace del optimismo humano ni de la autosuficiencia espiritual, sino de la certeza de que el Señor ascendido permanece presente con su pueblo mediante el Espíritu Santo. **La Iglesia persevera porque Cristo reina; soporta porque el Espíritu fortalece; espera porque la victoria definitiva del Reino ha sido asegurada en la exaltación gloriosa del Hijo eterno de Dios.**

Pregunta escudriñadora:

¿Permanezco firme en la verdad del Evangelio aun cuando ello implique oposición, incompreensión o sufrimiento?

Aplicación práctica:

Fortalecer diariamente la perseverancia espiritual mediante la oración constante, la meditación reverente de las Sagradas Escrituras, la comunión fiel con la Iglesia y la participación perseverante en la liturgia y los sacramentos, reconociendo que toda fidelidad cristiana es sostenida no por la capacidad humana, sino por la gracia preservadora del Cristo exaltado que reina eternamente sobre su pueblo.

Conclusión:

El Evangelio de Juan 15:26–16:4 conduce a la Iglesia a contemplar, desde la luz de la Ascensión, la continuidad viva de la obra redentora de Cristo en el tiempo presente. El Señor que ha sido exaltado a la diestra del Padre no se separa de su pueblo ni cesa de actuar en favor de él; por el contrario, inaugura una economía más profunda y universal de comunión mediante el envío del Espíritu Santo. **La Ascensión no significa ausencia, sino entronización; no implica distancia, sino la manifestación gloriosa del reinado mesiánico del Hijo eterno, quien continúa gobernando, santificando y consolando a su Iglesia desde el cielo.**

La promesa del Consolador revela que toda la existencia cristiana se desarrolla bajo la acción permanente del Espíritu de verdad. El παράκλητος (*Paráklētos*) enviado por el Padre y por el Hijo comunica eficazmente la presencia del Cristo glorificado a su pueblo, **conduciendo a la Iglesia hacia toda verdad, preservándola en la fe apostólica y capacitándola para perseverar en medio de las pruebas.** Así, la vida eclesial no puede comprenderse como simple organización religiosa ni como una asociación humana sostenida por capacidades naturales; constituye el cuerpo vivo de Cristo, reunido, sostenido y enviado por el Espíritu Santo para participar en la misión del Reino.

El testimonio apostólico ocupa, asimismo, un lugar central dentro de la enseñanza de este pasaje. El Espíritu Santo da testimonio acerca del Hijo, y la Iglesia participa de ese mismo testimonio mediante la proclamación fiel del Evangelio. **La misión cristiana nace, por tanto, de la iniciativa divina y no de proyectos puramente humanos.** El Cristo exaltado continúa extendiendo su señorío sobre las naciones a través de la predicación de la Palabra, de la administración de los sacramentos y del testimonio perseverante de los creyentes. **La Iglesia vive entre Pentecostés y la Parusía como comunidad testimonial,** llamada a anunciar al mundo que Jesucristo, crucificado y resucitado, reina ahora con autoridad universal. Sin embargo, el Evangelio recuerda igualmente que la fidelidad a Cristo inevitablemente encuentra oposición. El mundo caído resiste la verdad divina porque permanece ajeno al verdadero conocimiento del Padre y del Hijo. Desde los profetas perseguidos del Antiguo Testamento hasta los mártires de la Iglesia apostólica, la historia de la redención manifiesta que el pueblo de Dios ha debido perseverar frecuentemente en medio de rechazo y tribulación. **Cristo mismo, el Profeta definitivo y el Testigo fiel, fue rechazado por el mundo; por ello, la Iglesia no debe sorprenderse cuando participa de los padecimientos de su Señor.** Sin embargo, esta oposición no constituye señal de derrota, sino evidencia de la tensión escatológica entre el Reino ya inaugurado y el orden caído que aún resiste la plenitud de la redención.

Precisamente en este contexto adquiere toda su profundidad la promesa del Espíritu Santo. El Señor prepara a su Iglesia para la tribulación no infundiendo temor, sino fortaleciendo la perseverancia. El Espíritu sostiene interiormente a los fieles para que no tropiecen cuando llegue la hora de la prueba. La gracia divina preserva a la Iglesia en medio de la debilidad humana y la conduce con firmeza hacia la consumación final del Reino. **Así, la perseverancia cristiana no descansa en la autosuficiencia espiritual ni en la fortaleza moral del creyente, sino en la fidelidad inmutable del Cristo exaltado que reina soberanamente sobre su pueblo.**

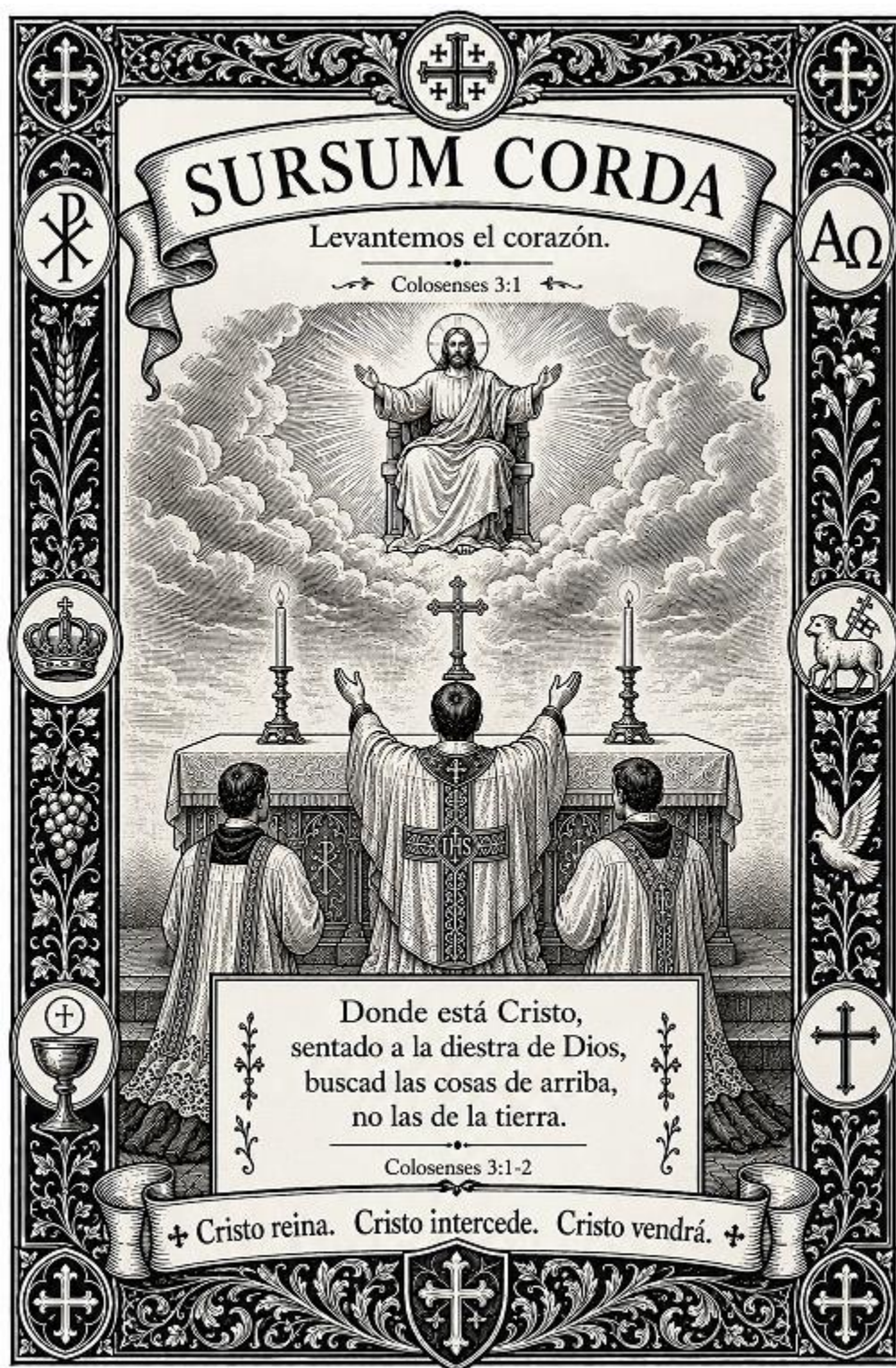
La tradición anglicana reformada ha conservado profundamente esta visión bíblica y patristica en la vida litúrgica de la Iglesia. El Libro de Oración Común sitúa a los fieles, durante la Estación de la Ascensión, en **una espiritualidad marcada simultáneamente por la adoración del Cristo glorificado, la dependencia del Espíritu Santo y la perseverancia en la misión.** La Iglesia aprende a “elevator el corazón” hacia el Señor entronizado mientras permanece fiel a su vocación terrenal de anunciar el Evangelio y vivir conforme a la verdad revelada. La liturgia anglicana expresa así la tensión propia de la existencia cristiana, **vivimos entre el “ya” del reinado de Cristo y el “todavía no” de la plena restauración de todas las cosas.**

En consecuencia, este santo Evangelio dirige a la Iglesia de todos los tiempos un llamado solemne y permanente: **permanecer en la verdad apostólica, perseverar en el testimonio fiel y descansar plenamente en la obra del Consolador prometido.** El mismo Señor que ascendió gloriosamente al cielo continúa presente con su pueblo mediante el Espíritu Santo y lo sostendrá hasta el fin. Por ello, la Iglesia puede avanzar con esperanza, aun en medio de la oposición, sabiendo que la historia entera se encuentra bajo el gobierno del Cristo exaltado.

Así, mientras aguardamos la consumación gloriosa del Reino, la voz del Evangelio continúa resonando con poder en medio de la Iglesia peregrina, somos llamados a **permanecer firmes en la fe, constantes en el testimonio y perseverantes en la esperanza,** hasta el día en que el Señor vuelva en gloria, toda rodilla se doble delante de Él y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Amén.

VIVIR CON LOS PIES EN LA TIERRA Y EL CORAZÓN ELEVADO A CRISTO



La contemplación del misterio de la Ascensión conduce necesariamente a una profunda reconfiguración de toda la existencia cristiana. La Iglesia no confiesa este

misterio únicamente como un acontecimiento histórico perteneciente al pasado apostólico ni como una simple proposición doctrinal abstracta contenida en el Símbolo Niceno-Constantinopolitano; **lo reconoce como una realidad viva, operante y permanentemente eficaz dentro de la economía de la redención, como una verdad capital revelada en la Sagrada Escritura para nuestro bien, consuelo y edificación.** La Ascensión constituye la entronización mesiánica del Hijo eterno encarnado, quien, después de consumir la obra expiatoria de la Cruz, ha sido exaltado a la diestra del Padre para reinar sobre todas las cosas como Cabeza de su Iglesia y Señor del universo. **Desde allí continúa ejerciendo su ministerio sacerdotal, real y profético en favor de su pueblo.** Por ello, la existencia cristiana ya no puede comprenderse desde los parámetros transitorios del orden presente, sino desde la realidad escatológica inaugurada en el Cristo glorificado. La Ascensión desplaza el centro espiritual de la vida humana, **el corazón del creyente deja de pertenecer al reino perecedero de este siglo y es orientado hacia la ciudadanía celestial, donde Cristo “está sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1).** Esta verdad ha sido preservada con singular profundidad por la espiritualidad anglicana clásica, especialmente en los formularios litúrgicos del Libro de Oración Común, donde la adoración dirige continuamente a la Iglesia hacia la contemplación reverente del Señor exaltado y hacia la esperanza de su Reino eterno.

San Agustín expresa admirablemente esta dimensión interior de la Ascensión cuando proclama: “Hodie Dominus noster Iesus Christus ascendit in caelum; ascendat cum illo cor nostrum” —**“Hoy nuestro Señor Jesucristo subió al cielo; suba también con Él nuestro corazón” (Sermón 263).** En esta afirmación patristica se encuentra condensada toda la espiritualidad ascensional de la Iglesia antigua y de la tradición católica histórica asumida por el anglicanismo clásico. La contemplación del Cristo glorificado exige una elevación interior de la mente, de los afectos y de la voluntad hacia las realidades eternas. La Ascensión no invita al creyente a despreciar el mundo creado ni a refugiarse en una espiritualidad evasiva; lo llama a habitar el mundo bajo una orientación completamente renovada por la soberanía de Cristo. San Pablo expresa esta verdad mediante una exhortación de profundo carácter escatológico, **“Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1).** El verbo ζητεῖτε (*zēteíte*), **“buscad”**, describe una acción continua, perseverante y deliberada; implica una disposición permanente del alma orientada hacia el Reino celestial. La madurez espiritual consiste precisamente en aprender a vivir temporalmente en la historia sin permitir que el corazón quede cautivo de ella. La liturgia anglicana clásica recoge esta orientación espiritual particularmente en el *Sursum Corda* de la Santa Comunión: **“Levantemos el corazón”**. Esta exhortación no constituye un simple diálogo ceremonial; expresa la vocación permanente de la Iglesia de elevar interiormente toda su existencia hacia el Cristo entronizado.

Sin embargo, esta elevación espiritual jamás implica desprecio por la creación ni abandono de las responsabilidades históricas. La teología ascensional del Nuevo Testamento excluye tanto el escapismo religioso como la secularización del corazón. El Cristo que reina en gloria es el mismo Logos eterno **“por quien todas las cosas fueron hechas” (Juan 1:3)**; por consiguiente, ninguna dimensión de la existencia humana queda fuera de su autoridad redentora. El hogar, el trabajo, la vida pública, la cultura, el sufrimiento, la vocación cotidiana y el servicio al prójimo son ahora ámbitos donde debe manifestarse el señorío del Cristo ascendido. Vivir con el corazón elevado al cielo no significa desentenderse de la tierra, sino habitarla rectamente bajo el gobierno del Rey celestial. Esta visión ha sido preservada por la tradición anglicana clásica mediante una espiritualidad profundamente encarnacional y sacramental, donde la gracia divina no destruye la creación, sino que la restaura y ordena hacia su verdadero fin en Dios. El creyente no abandona el mundo; aprende a vivir en él como mayordomo del Reino de Cristo, sometiendo cada esfera de la vida a la obediencia del Evangelio.

La Ascensión transforma igualmente la comprensión cristiana del sufrimiento. El Señor exaltado conserva eternamente en su humanidad glorificada las señales de su Pasión redentora; el trono celestial pertenece al **“Cordero como inmolado”** (Apocalipsis 5:6). La exaltación de Cristo no anula la Cruz, sino que revela su victoria definitiva. De este modo, la Iglesia aprende que el sufrimiento soportado en comunión con Cristo no constituye fracaso último, sino participación en el camino que conduce a la gloria. El Nuevo Testamento establece constantemente esta relación inseparable entre padecimiento y exaltación, **“si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:12)**. La Ascensión proclama que el dolor, la persecución y aun la muerte han sido subordinados al triunfo del Señor glorificado. La humanidad de Cristo entronizada en los cielos constituye la garantía irrevocable de la futura glorificación de aquellos que permanecen unidos a Él por la fe. La espiritualidad anglicana clásica ha preservado esta visión **mediante una liturgia marcada simultáneamente por la solemnidad de la Cruz y la esperanza de la Resurrección**. En las oraciones del Oficio Diario, en las Colectas y en la celebración eucarística, la Iglesia aprende a interpretar sus sufrimientos a la luz del reinado del Cristo ascendido, comprendiendo que ninguna aflicción puede separarla del amor de Dios manifestado en Jesucristo.

Asimismo, la Ascensión redefine profundamente el sentido de la misión de la Iglesia. El mandato evangelizador no nace de un impulso carnal institucional ni de entusiasmo religioso pasajero, sino de la soberanía universal del Cristo exaltado. **“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18)**. El verbo ἐδόθη (*edóthē*), **“ha sido dada”**, expresa la investidura mesiánica y real del Hijo glorificado, entronizado por el Padre como Señor sobre toda la creación. La misión de la Iglesia participa, por tanto, del reinado mismo de Cristo. Cada acto fiel de proclamación del Evangelio constituye una manifestación histórica de la autoridad del Señor ascendido sobre las naciones. La Iglesia no evangeliza desde la

incertidumbre ni desde la ansiedad por preservar su existencia histórica; **proclama el Evangelio desde la certeza de que la historia pertenece finalmente a Jesucristo.** Esta comprensión se encuentra profundamente arraigada en la identidad anglicana clásica, particularmente en la centralidad de la predicación bíblica y en la convicción de que la Iglesia es enviada al mundo para anunciar fielmente la Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras. La proclamación del Evangelio aparece así inseparablemente unida a la adoración, a la fidelidad doctrinal y a la vida sacramental.

La vida de oración adquiere igualmente una profundidad singular a la luz de la Ascensión. Cristo no ha ascendido para permanecer distante de las necesidades de su pueblo, **sino para ejercer eternamente su ministerio sacerdotal e intercesor.** La Epístola a los Hebreos declara que **"vive siempre para interceder por ellos" (Hebreos 7:25).** Toda oración cristiana asciende al Padre por medio del Hijo glorificado, en la comunión del Espíritu Santo. La Iglesia ora desde la confianza de que **posee un gran Sumo Sacerdote que ha atravesado los cielos y presenta continuamente delante del Padre las súplicas de los santos.** La oración cristiana posee, por tanto, una dimensión eminentemente ascensional, **el pueblo de Dios eleva su corazón hacia el trono de la gracia sabiendo que Cristo mismo intercede por él.** Esta realidad encuentra una expresión particularmente solemne en la liturgia anglicana clásica mediante el antiguo *Sursum Corda*: **"Levantemos el corazón"**. Esta exhortación litúrgica resume la disposición espiritual permanente de la Iglesia, **vivir orientada hacia Dios mientras peregrina todavía en medio de las limitaciones del tiempo presente.** La oración común, el Oficio Diario y la Santa Comunión forman progresivamente al creyente para vivir en continua comunión con el Cristo exaltado. La Ascensión ilumina también la comprensión cristiana de la muerte. Desde la perspectiva del Evangelio, la muerte ya no representa descenso hacia el vacío ni ruptura definitiva, sino tránsito hacia la comunión plena con el Cristo glorificado. Allí donde ha entrado la Cabeza del cuerpo será conducido finalmente también el cuerpo redimido. La humanidad de Cristo entronizada en los cielos constituye las **"primicias"** de la futura resurrección de los creyentes (1 Corintios 15:20). La esperanza cristiana no descansa sobre consuelos sentimentales ni sobre aspiraciones filosóficas de inmortalidad, sino sobre la victoria objetiva del Señor exaltado sobre el pecado, la muerte y las potestades de las tinieblas. Por ello, la Iglesia contempla aun el sepulcro desde la certeza pascual de que Cristo **"ha destruido la muerte y sacado a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio" (2 Timoteo 1:10).** La tradición anglicana clásica expresa esta esperanza con extraordinaria belleza teológica en los oficios funerarios del Libro de Oración Común, donde la muerte es interpretada a la luz de la Resurrección y de la Ascensión del Señor. La Iglesia sepulta a sus muertos en la esperanza segura y cierta de la resurrección futura, aguardando el día en que el Cristo glorificado transforme **"el cuerpo de la humillación nuestra" conforme "al cuerpo de la gloria suya" (Filipenses 3:21).**

De igual manera, la Ascensión redefine la identidad de la Iglesia peregrina. El pueblo de Dios vive entre la exaltación consumada de Cristo y la manifestación futura de la plenitud de su Reino. La Iglesia pertenece simultáneamente a la tierra y al cielo, **peregrina todavía en el siglo presente, pero espiritualmente unida ya al Señor glorificado**. Esta realidad encuentra expresión visible y sacramental en la adoración litúrgica. Cada celebración eucarística constituye una participación anticipada en la liturgia celestial descrita en el Apocalipsis, donde los santos y los ángeles adoran eternamente al Cordero entronizado. La Iglesia terrenal se une místicamente al culto eterno del cielo y aprende a vivir bajo la tensión santa del “ya” y del “todavía no”, **Cristo reina ya en gloria, aunque la consumación visible de su Reino aguarda aún su manifestación final**. La espiritualidad anglicana clásica ha conservado cuidadosamente esta conciencia celestial de la liturgia, entendiendo la adoración común como participación reverente en la comunión universal de la Iglesia militante y triunfante bajo el señorío del Cristo ascendido.

La tradición anglicana clásica ha preservado con singular profundidad esta espiritualidad ascensional. El Libro de Oración Común forma al creyente para vivir orientado continuamente hacia el Cristo entronizado **mediante la centralidad de la Escritura, la reverencia sacramental, la oración común y la participación perseverante en la liturgia de la Iglesia**. La adoración no aparece como simple formalidad ceremonial ni como expresión subjetiva de sentimientos religiosos, sino como medio ordinario de gracia por el cual el Espíritu Santo conforma progresivamente al pueblo de Dios a la imagen del Hijo exaltado. La liturgia enseña al corazón a elevarse hacia Dios, ordena los afectos humanos según el Reino eterno y sitúa toda la existencia bajo la soberanía del Cristo glorificado. En este sentido, la espiritualidad anglicana clásica posee una dimensión profundamente ascensional, **educa al creyente para vivir continuamente *coram Deo*, delante del rostro de Dios, mientras aguarda la consumación final de todas las cosas**.

Por ello, la contemplación de la Ascensión conduce finalmente a una exhortación profundamente pastoral, **vivir en este mundo con diligencia y fidelidad, pero sin entregar el corazón a aquello que perece; servir responsablemente en medio de la historia, pero aguardando la ciudad celestial “cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10)**; perseverar en medio de las pruebas, pero con la mirada fija en el Cristo glorificado. El creyente es llamado a caminar en la historia con esperanza escatológica, sostenido por la certeza de que el Señor ascendido reina eternamente y de que toda la creación será finalmente sometida a su dominio redentor. La Ascensión enseña a la Iglesia a vivir simultáneamente en adoración y misión, en peregrinación y esperanza, en paciencia y expectativa gloriosa.

Así, mientras la Iglesia aguarda el retorno glorioso de su Señor, la voz de la liturgia continúa resonando con inmutable solemnidad: ***Sursum corda* —“Levantemos el**

corazón”—, porque donde Cristo está sentado a la diestra del Padre, allí se encuentra también la patria definitiva, la esperanza invencible y la gloria futura de todo el pueblo redimido. Allí está el destino eterno de la Iglesia; allí se dirige la peregrinación de los santos; allí será finalmente consumada la comunión perfecta entre Dios y su pueblo en el Reino que no tendrá fin.

¡Levantemos nuestro corazón!



ΑΩ



*Poned la mira en las cosas
de arriba,
no en las de la tierra
(Colosenses 3:2)*

ISBN 978-1-2345-6789-7



9 781234 567897 >

